ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO (1)

Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

«Al proceder á la consideración de los misterios del saber, debemos prestar nuestro asentimiento á las célebres y venerables reglas de la tradición, comenzando por el origen del universo, exhibiendo aquellos puntos de contemplación física que sean necesarios como premisas, y apartando todo lo que pueda ser obstáculo en la marcha, de modo que el oído se halle preparado para recibir la tradición de la Gnosis, y el terreno limpio de malas hierbas y en disposición de que la viña sea plantada; pues hay un conflicto antes del conflicto y misterios antes de los misterios.»

S. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.

«Baste la muestra para los que tienen oídos. Pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo que sea suficiente.»

IBID.

«Aquel que tenga oídos para oir que oiga.»

S. MATEO.

PRÓLOGO

El objeto de este libro es sugerir cierta clase de ideas acerca de las profundas verdades en que está basado el Cristianismo, verdades generalmente desatendidas y con harta frecuencia negadas. El noble deseo de hacer á todos partícipes de lo que es precioso, de divulgar verda-

(1) Damos comienzo á la publicación en nuestra Revista de este notable libro para facilitar su ulterior publicación en un volumen.

des grandes é inapreciables, de no excluir á nadie de la luz del verdadero conocimiento, ha sido causa de un celo indiscreto que ha producido el Cristianismo vulgar, presentando sus enseñanzas en una forma que el corazón repele á menudo y que se divorcia del entendimiento. El mandato de «predicar el Evangelio á todas las criaturas» (1) — de dudosa autenticidad — se ha interpretado como prohibición de la enseñanza de la Gnosis á los pocos, y ha desvanecido, en apariencia, el dicho menos popular del Gran Maestro: «No déis lo que es santo á los perros, ni echéis margaritas á puercos.» (2).

Ese sentimiento espúreo — que se niega á reconocer la desigualdad evidente de las inteligencias y de las aptitudes morales y que, por tanto, rebaja la enseñanza de los más desarrollados al nivel de los que han adelantado menos en la evolución, sacrificando lo superior á lo inferior de un modo perjudicial para los unos y los otros — no cabía en el varonil sentido de los primeros cristianos. S. Clemente de Alejandría dice con ruda claridad, aludiendo á los Misterios: «Aun ahora temo, como vulgarmente se dice, el echar margaritas á puercos, para que las pisoteen, y volviéndose, nos despedacen; pues es difícil exponer las sentencias realmente puras y transparentes acerca de la verdadera Luz á un auditorio soez y sin educación apropiada.» (3).

Sólo con las antiguas restricciones podrá el verdadero conocimiento de la Gnosis formar de nuevo parte de las enseñanzas cristianas; la idea de rebajarse al nivel de la capacidad de los menos desarrollados, tiene que ser definitivamente abandonada. Para restaurar los conocimientos ocultos hay que dar enseñanzas que estén por encima del entendimiento de los poco evolucionados, y empezar por el estudio de los Misterios Menores antes de proceder al de los Mayores. Los Mayores jamás serán dados á la prensa; solo pueden comunicarse por el Maestro al discípulo «de la boca al oído». Pero los Misterios Menores, revelación parcial de profundas verdades, pueden restablecerse desde ahora, siendo el objeto del presente libro dar un bosquejo de ellos y mostrar la

(1) S. Marcos XVI, 15.

(2) S. Mateo VII, 6.

(3) Ante-Nicene Christian Library de Clarke, vol. IV. Clement of Alexandría. *Stromata*, l.b. I, cap. XII.

naturaleza de las enseñanzas que hay que profundizar. Donde sólo se hacen alusiones, la meditación tranquila sobre las verdades apuntadas hará visibles sus contornos, proporcionando el continuado pensar una luz mayor que las mostrará gradualmente más y más claras. La meditación aquieta la mente inferior, siempre ocupada en objetos externos; sólo cuando la mente inferior está en reposo, puede ser iluminada por el Espíritu. El conocimiento de las verdades espirituales debe obtenerse de dentro y no de fuera, del Espíritu divino, cuyo templo somos, (1) y no de instructores externos. Estas cosas son «discernidas espiritualmente» por el Espíritu que mora en lo íntimo, por esa «Mente de Cristo», de que habla el gran Apóstol (2), por esa luz interna que se vierte sobre la mente inferior.

Este es el camino de la Sabiduría Divina, de la verdadera TEOSOFÍA. No es, como algunos creen, una versión diluída del Hinduismo, del Buddhismo, del Taoismo ó de cualquiera otra religión. Es el Cristianismo Esotérico, tan verdadero como el Buddhismo Esotérico, el cual pertenece igualmente á todas las religiones, no siendo exclusivo de ninguna. Tal es el origen de las indicaciones que se hacen en este pequeño volumen para ayuda de los que buscan la Luz, esa «Luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene al mundo» (3), aunque la mayor parte no ha abierto aún sus ojos á ella. Él no trae la Luz, sólo dice: «¡Mirad la Luz!», pues así lo hemos oído. Sólo se dirige á los pocos que están hambrientos de otra cosa que lo que les da la enseñanza exotérica. Para aquellos que están por completo satisfechos con las enseñanzas exotéricas no se ha escrito, ¿por qué ha de darse por fuerza el pan á aquellos que no tienen hambre? Es sólo para los hambrientos, á quienes ha de saber como pan y no como piedra.

---

(1) Cor. III, 16.
(2) Ibid II, 14-16.
(3) S. Juan I, 9.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

CAPÍTULO PRIMERO

El Lado Oculto de las Religiones

Muchos, quizá la mayor parte de los que lean el título de este libro, se sentirán desde luego contrarios suyos, negando que exista nada valedero que con justicia pueda llamarse «Cristianismo Esotérico». Existe la idea muy extendida, y por tanto popular, de que no hay tal enseñanza oculta relacionada con el Cristianismo, y que los Misterios, ya sean Menores ó Mayores, eran puramente una institución pagana. El nombre mismo de «Los Misterios de Jesús», tan familiar á los oídos de los cristianos primitivos, causará sorpresa á sus modernos sucesores, y si se les dijese que expresan una institución especial y definida de la Iglesia de los primeros siglos, se provocaría en ellos una sonrisa de incredulidad.

Se ha asegurado efectivamente, en son de alabanza, que el Cristianismo no tiene secretos, que lo que tiene que decir, lo dice á todos, y que lo que tiene que enseñar, lo enseña á todos. Se supone que sus verdades son tan sencillas «que un hombre cualquiera, aun siendo tonto, no incurrirá en errores respecto á ellas». El «sencillo Evangelio» se ha convertido en una frase sacramental.

Es, pues, necesario probar con toda claridad que, por lo menos en la Iglesia Primitiva, el Cristianismo no iba á la zaga de ninguna de las otras grandes religiones por lo que hace á la posesión de un aspecto oculto, y que guardaba como tesoro inapreciable los secretos que sólo se revelaban á pocos escogidos para sus Misterios. Pero antes conviene considerar esta cuestión del lado oculto de las religiones, y ver por qué debe existir tal aspecto, para que la religión pueda ser fuerte y estable, pues de este modo se verá que su existencia en el Cristianismo es lógica y procedente, y las referencias que en tal sentido se hacen en los escritos de los Padres Cristianos, aparecerán sencillas y naturales y de ningún modo sorprendentes é ininteligibles. Y si como hecho histórico la existencia de este esotericismo es demostrable, se probará á la vez que, intelectualmente considerado, es una necesidad.

La primera cuestión que tenemos que plantear es la siguiente: ¿Cuál es el objeto de las religiones? Se dan al mundo por hombres más sabios que la masa humana, á la cual se dirigen con el objeto de apresurar su evolución. Para hacer esto con eficacia, tienen que llegar á los individuos é influir sobre ellos. Ahora bien; todos los hombres no se encuentran en el mismo nivel de evolución, pudiendo considerarse esta como una escala ascendente, con individuos colocados en todos sus peldaños. Los más altamente desarrollados

se hallan muy por encima de los que lo están menos, tanto por lo que hace á la inteligencia como al carácter, variando en cada grado la capacidad, así para comprender como para obrar. Es, por tanto, inútil dar á todos la misma enseñanza religiosa; lo que ayudaría al hombre intelectual, sería totalmente incomprensible para el estúpido, al paso que lo que pondría en éxtasis á un santo, no haría mella alguna en el criminal. Por otra parte, si la enseñanza es apropiada á las gentes de poca inteligencia, resulta intolerablemente grosera é indigesta para el filósofo, al paso que la que redimiese al criminal, sería por completo inútil al santo. Sin embargo, todos los tipos necesitan una religión, á fin de que cada cual pueda lograr una vida más elevada que la que tiene, y ningún tipo ó grado debe ser sacrificado al otro. La religión debe ser tan graduada como la evolución, porque de lo contrario no podrá realizar su objetivo.

Preséntase luego la cuestión siguiente: ¿De qué modo tratan las religiones de apresurar la evolución humana? Las religiones se proponen desenvolver la naturaleza moral y la intelectual, y ayudar á la naturaleza espiritual á desarrollarse. Considerando al hombre como un ser complejo, procuran tocar cada punto de su constitución, y por tanto, buscar mensajes propios para cada cual, enseñanzas adecuadas á los seres humanos más diversos. Así, pues, las enseñanzas deben adaptarse á las mentes y á los corazones á que se dirigen. Si una religión no alcanza y domina la inteligencia, si no purifica é inspira las emociones, fracasa en su objeto respecto á la persona interesada.

No sólo se dirige de este modo á la inteligencia y á las emociones, sino que trata, como se ha dicho, de estimular el desarrollo de la naturaleza espiritual. Responde á ese impulso interno que existe en la humanidad y que siempre está impeliendo á la raza hacia adelante. Porque en lo más hondo del corazón de todos — á menudo cubierta por condiciones transitorias, ahogada muchas veces por intereses y ansiedades apremiantes — existe la constante aspiración hacia Dios. «Así como el ciervo busca jadeante el arroyo, así el hombre siente anhelos por la Divinidad.» (1) La aspiración se interrumpe por un tiempo y el anhelo parece desvanecido. Ocurren en la civilización y en el pensamiento fases en que este grito del espíritu humamo por lo divino — buscando su origen como el agua busca su nivel, según el símil de Giordano Bruno, — este anhelo del espíritu humano por lo que es de su misma especie en el universo, de la parte por el todo, parece acallado, destruído; pero no obstante, el ansia vuelve á mostrarse, y otra vez lanza el espíritu el mismo grito. Por más que aparezca esta tendencia olvidada y deshecha en algún tiempo, vuelve á levantarse potente una vez y otra con persistencia inextinguible, se repite en una y otra ocasión, sin que importe las veces que se la reduzca al silencio, y de este modo prueba que es una tendencia inherente á la naturaleza humana, un constituyente indestructible de la misma. Los que declaran en son de triunfo «que está muerta», la encuen-

(1) Salmos I.

tran de nuevo frente á frente con vitalidad no disminuída. Los que construyen sin tener esto en cuenta, ven más tarde sus bien construídos edificios resquebrajados como si hubiesen sufrido un terremoto. Los que creen que ha desaparecido, ven las más extravagantes supersticiones suceder á su negación. Y de tal modo forma parte integrante de la humanidad, que el hombre *quiere* obtener una respuesta cualquiera á sus preguntas; prefiere una respuesta, aunque sea falsa, al mutismo. Si no puede encontrar verdades religiosas, adoptará errores religiosos, antes que quedarse sin religión, y aceptará los ideales más toscos é incongruentes antes que admitir que el ideal no existe.

La religión, pues, responde á este anhelo, y apoderándose del constituyente de la naturaleza humana que lo produce, lo educa, lo vigoriza, lo purifica y lo guía hacia su propia finalidad: la unión del Espíritu humano con lo divino, á fin de «que Dios pueda estar todo en todos.» (1).

La cuestión que después se nos presenta en nuestro estudio es: ¿Cuál es el origen de las religiones? A esta pregunta se han dado dos contestaciones en los tiempos modernos: la de los autores de mitología comparada y la de los que se inspiran en la comparación de las religiones positivas. Unos y otros apoyan sus contestaciones en el mismo fundamento de hechos admitidos. La investigación ha probado de un modo incuestionable, que las religiones del mundo son de un modo notorio similares en sus enseñanzas principales, en la ostentación de poderes sobrehumanos y de una elevación moral extraordinaria en sus Fundadores, en sus preceptos éticos, en su empleo de medios para ponerse en contacto con los mundos invisibles y en los símbolos con que expresan sus creencias fundamentales. Esta semejanza, que en muchos casos llega á la identidad, prueba, según ambas escuelas, un origen común.

Pero sobre la naturaleza de este origen común están en desacuerdo las dos escuelas. Los mitólogos sostienen que el origen común es la común ignorancia, y que las doctrinas religiosas más elevadas son sencillamente expresiones refinadas de las crudas y bárbaras conjeturas de salvajes, de hombres primitivos, al considerarse á sí mismos y á lo que les rodeaba. Animismo, fetichismo, culto de la naturaleza, culto del sol: estos son los constituyentes de la primitiva arcilla, de la cual se ha desarrollado el lirio espléndido de la religión. Krishna, Buddha, Lao-tze, Jesús son, aunque altamente civilizados, los descendientes directos de los curanderos rotativos de las primitivas tribus salvajes (2). Dios es una fotografía compuesta de los innume-

(1) Cor. XV, 28.

(2) Entre los salvajes actuales, el médico ó curandero es la personalidad proeminente; á las funciones propias de este cargo reune las de adivino y sacerdote de la tribu. Posee artes mágicas y se hipnotiza á sí mismo, girando rápidamente sobre los pies, hasta que cae al suelo desplomado. Así queda en condiciones de ejercer la adivinación. A estos individuos alude el texto, pues suponen los mitólogos que existían igualmente en los tiempos primitivos.—N. del T.

rables dioses que personificaban las fuerzas de la naturaleza. Y así sucesivamente. Todo esto se resume en la frase: Las religiones son ramas de un tronco común: la ignorancia humana.

Los religionistas consideran, por su parte, que todas las religiones han tenido su origen en las enseñanzas de Hombres Divinos que dan de tiempo en tiempo á las diferentes naciones del mundo aquella parte de las verdades fundamentales de la religión que las gentes son capaces de asimilarse, enseñando siempre la misma moralidad, inculcando el empleo de medios semejantes, aplicando los mismos significativos símbolos. Las religiones salvajes—el animismo y las demás—son degeneraciones, los resultados de la decadencia, descendientes desfigurados y empequeñecidos de verdaderas creencias religiosas. El culto del sol y las formas puras del culto á la naturaleza fueron en su tiempo religiones nobles, altamente alegóricas, pero llenas de profunda verdad y conocimiento.

Los grandes Instructores—según se alega por los hindos, por los budhistas y por algunos religionistas, tales como los teosofistas—constituyen una perenne Fraternidad de hombres que se han elevado por encima de la humanidad, que aparecen en ciertas épocas para iluminar al mundo y que son los custodios espirituales de la raza humana. Esta opinión puede resumirse en la frase: «Las religiones son ramas de un tronco común: la Sabiduría Divina».

Esta Sabiduría Divina es llamada la Sabiduría, la Gnosis, la Teosofía, y algunos hombres, en diferentes épocas del mundo, han querido determinar de tal modo su creencia en esta unidad de las religiones, que han preferido el nombre ecléctico de teosofista á cualquier otra designación más estrecha.

El valor relativo de la contienda de estas dos opuestas escuelas debe juzgarse por la fuerza de las pruebas que cada una aduce. La apariencia de la forma degenerada de una noble idea puede asemejarse mucho á la del producto refinado de una idea grosera, y el único método para decidir entre la degeneración y la evolución, sería el examen, á ser posible, de antecesores remotos intermedios. Las pruebas que presentan los creyentes en la Sabiduría son de esta clase: que los Fundadores de las religiones, juzgados por los anales de sus enseñanzas, estaban muy por encima del nivel de la humanidad ordinaria; que las Escrituras de las religiones contienen preceptos morales, ideales sublimes, aspiraciones poéticas, declaraciones filosóficas profundas, á las que ni tan siquiera pueden compararse en hermosura y elevación los escritos posteriores de las mismas religiones; esto es, que lo antiguo es más elevado que lo nuevo, en vez de ser lo contrario; que no puede mostrarse caso alguno del proceso refinador y progresivo que se dice es el origen de las religiones actuales, al paso que pueden exhibirse muchos ejemplos de degeneración de enseñanzas puras; que aun entre los salvajes, si sus religiones se estudiasen con cuidado, se encontrarían muchas huellas de ideas elevadas, ideas que desde luego se vería que están muy por encima de la capacidad productora de los salvajes mismos.

Esta idea ha sido explanada por M. Andrew Lang, quien, á juzgar por su libro «The Making of Religión», debe ser clasificado entre los religionistas comparativos en lugar de entre los mitólogos comparativos. Señala la existencia de una tradición común, la cual, dice, no ha podido ser evolucionada por los salvajes mismos, por ser hombres cuyas creencias ordinarias son de las más rudas y cuyas mentes están poco desarrolladas. Las deidades que adoran, son, en su mayor parte, verdaderos demonios; pero detrás de esto, más allá de todo esto, existe una Presencia nebulosa, pero superior, pocas veces ó nunca nombrada, pero que se vislumbra como origen de todo, como poder, amor y bondad, demasiado amante para causar terror, demasiado buena para necesitar súplicas. Es evidente que semejantes ideas no pueden haber sido concebidas por los salvajes entre los cuales se encuentran, y son testigos elocuentes de las revelaciones de algún gran Instructor—de quien generalmente puede también descubrirse alguna tradición confusa— que fué un Hijo de la Sabiduría y que comunicó algunas de sus enseñanzas en una época remotísima.

La razón y, verdaderamente, la justificación del punto de vista de los mitólogos comparativos, es patente. Encuentran en todas direcciones formas inferiores de creencias religiosas existentes en tribus salvajes, formas que se veían acompañadas de la falta general de civilización. Considerando al hombre civilizado como evolucionado del salvaje, ¿qué cosa más natural que atribuir la religión civilizada á una evolución de la no civilizada? Esta es la primera idea evidente. Sólo un estudio ulterior más profundo puede demostrar que los salvajes de hoy no son el tipo de nuestros antecesores, sino la descendencia degenerada de grandes troncos civilizados de antaño, y que el hombre en su infancia no fué abandonado para que creciera sin educación, sino que fué criado y enseñado por sus hermanos mayores, que fueron sus primeros guías, así en lo que se refiere á la religión, como á la civilización en general. Esta opinión se halla sustanciada por hechos como los que Lang aduce, dando margen á la cuestión: ¿Quiénes eran esos hermanos mayores de quienes habla la tradición en todas partes?

Avanzando más en nuestra investigación, tropezamos luego con esta otra cuestión: ¿A qué gentes se dieron las religiones? Y aquí nos encontramos desde luego con la dificultad con que ha tenido que tropezar todo Fundador de una religión, dificultad que se refiere al objeto primario de la religión misma, el apresuramiento de la evolución humana, con su corolario de que todos los grados de la humanidad en evolución debían tenerse en cuenta por Él. Los hombres se hallan en todos los grados de la evolución, desde los más bárbaros á los más desarrollados; hay hombres de inteligencia elevada, pero también los hay de una mentalidad de las menos desarrolladas; en un sitio encuéntrase una civilización compleja y altamente evolucionada, en otro una constitución sencilla y ruda. Aun en medio de una misma civilización, se ven los tipos más varios, los más ignorantes y los más educados, los más pensadores y los más superficiales, los más espirituales y los más abyectos,

y, sin embargo, á cada uno de estos tipos hay que llegar, y cada uno tiene que ser auxiliado tal como es. Si la evolución es una verdad, esta dificultad es inevitable, y el Instructor divino tiene que hacerle frente y resolverla, porque de lo contrario su obra resultaría un fracaso. Si el hombre evoluciona como evoluciona todo lo que le rodea, estas diferencias de desarrollo, estos diversos grados de inteligencia, tienen que ser una característica de la humanidad en todas partes, y cada religión del mundo debe atender á ella.

De este modo nos encontramos con una situación tal, que no puede haber una sola y misma enseñanza religiosa ni aun para una misma nación, y, por tanto, menos aún para una civilización ni para el mundo todo. Si no hubiese más que una enseñanza, un gran número de aquellos á quienes se dirige, escaparían á su influencia. Si se hace á propósito para los de inteligencia limitada, de moralidad elemental, de percepción obtusa, á fin de auxiliarles y educarles de suerte que puedan evolucionar, se dará una religión por completo inservible para aquellos hombres que, viviendo en la misma nación y formando parte de la misma sociedad, tengan percepciones morales finas y delicadas, una inteligencia brillante y sutil y una espiritualidad desarrollada. Pero, si por el contrario, esta última clase es la que ha de ser ayudada, si se da á la inteligencia una filosofía que pueda considerar admirable, si las percepciones morales delicadas han de refinarse más, si los albores de la naturaleza espiritual han de llegar á la plenitud del día perfecto, entonces la religión será tan espiritual, tan intelectual y moral, que al ser predicada á la otra clase, no hará mella alguna ni en sus mentes ni en sus corazones; será para ellos una serie de frases sin sentido, incapaces de despertar sus inteligencias embrionarias, ni de darles motivo alguno para una conducta que les ayude á desarrollar una moralidad más pura.

Considerando, pues, estos hechos respecto de la religión, teniendo en cuenta su objeto, sus medios, su origen, la naturaleza y diversidad de necesidades de las gentes á quienes se dirige, reconociendo la evolución de las facultades espirituales, intelectuales y morales del hombre y la necesidad de que cada cual sea educado con arreglo al estado de evolución que ha alcanzado, tenemos como consecuencia inevitable, que forzosamente se requiera una enseñanza religiosa, diversa y graduada que responda á las diferentes exigencias y auxilie á cada hombre conforme á su estado anímico.

Hay todavía otra razón para que la enseñanza esotérica sea necesaria respecto de cierta clase de verdades. Es un hecho evidentísimo, en lo que se refiere á esta clase, que «saber es poder». La pública promulgación de una filosofía profundamente intelectual, suficiente para educar inteligencias altamente desarrolladas, y para atraer las mentes elevadas, no puede perjudicar á ninguno. Puede predicarse sin vacilación, pues no atrae al ignorante, el cual se aparta de ella considerándola seca, dura y sin interés. Pero hay enseñanzas que tratan de la constitución de la naturaleza, que explican leyes recónditas y arrojan luz en procesos ocultos, cuyo conocimiento implica dominio sobre energías naturales, á quienes se puede dirigir á ciertos fines,

como lo hace el químico con el producto de los elementos con que trabaja. Semejante conocimiento puede ser muy útil á los hombres de gran desarrollo, aumentando su capacidad para servicio de la especie humana. Pero si este conocimiento se hiciese público, podría ser y sería mal empleado, como lo fué el conocimiento de venenos sutiles en la Edad Media por los Borgias y otros. Pasaría á manos de gente de inteligencia poderosa, pero de deseos no enfrenados, hombres impelidos por instintos de separatividad, que buscan el beneficio de sus yos separados y á quienes nada importa el bien común. Estos serían atraídos por el deseo de obtener poderes que los elevasen por encima del nivel general, poniendo á merced suya á la humanidad ordinaria, y se lanzarían á adquirir los conocimientos que colocan á sus poseedores en un rango sobrehumano. Con su posesión se harían aún más egoístas, afirmándose en sus sentimientos de separación; su orgullo sería alimentado, y su inclinación al apartamiento se pronunciaría más; y de este modo serían inevitablemente impelidos en la senda diabólica, el Sendero de la Izquierda, cuya meta es el aislamiento y no la unión. Y no sólo se perjudicarían ellos en su naturaleza interna, sino que se convertirían en una amenaza para la Sociedad, que ya sufre bastante, por obra de los que tienen más desarrollada la inteligencia que la moral. De aquí arranca la necesidad de conservar ciertas enseñanzas ocultas para aquellos que moralmente no son aún á propósito para recibirlas, y esta necesidad se impone á los Instructores que pueden comunicar semejantes conocimientos. Ellos desean darlos á los que están dispuestos á emplear los poderes que confieren en pró del bien general, para apresurar la evolución humana, pero se retraen de comunicarlos á los que los habrían de aplicar en su propio engrandecimiento y á costa de los demás.

Y no se trata de una simple teoría, según los Anales Ocultos que dan los detalles aludidos en el Génesis VI y sig. Estos conocimientos eran dados en aquellos remotos tiempos y en el Continente de los Atlantes, sin ninguna condición rigurosa respecto de la elevación moral, pureza y desinterés de los candidatos. Los calificados intelectualmente para ello eran enseñados, lo mismo que se enseña la ciencia ordinaria en los tiempos modernos. La publicidad, tan imperiosamente exigida hoy, se concedió entonces, dando por resultado que los hombres se convirtieron en gigantes en conocimientos, pero también en gigantes en maldad, hasta que la tierra gimió bajo sus opresores y el grito de la humanidad pisoteada vibró á través de los mundos. Entonces vino la destrucción de los Atlantes, la sumersión de aquel vasto continente bajo las aguas del Océano, algunos de cuyos particulares consignan las Escrituras hebreas en el relato del diluvio de Noé, y las Escrituras hindas del lejano Oriente en el relato de Vaivasvata Manu.

Experimentado el peligro de permitir que seres impuros se apoderasen del conocimiento que es poder, los grandes Instructores impusieron condiciones rigurosas en lo que respecta á la pureza, desinterés y dominio propio á todos los candidatos á tales enseñanzas. Ellos rehusan claramente comu-

nicar conocimientos de esta naturaleza á ninguno que no consienta en someterse á una rígida disciplina, encaminada á suprimir toda separación de sentimientos é intereses. Ellos miden la fuerza moral del candidato aún más que su desarrollo intelectual, pues la enseñanza misma desarrolla la inteligencia al paso que enfrena la naturaleza moral. Es mucho más preferible que los Grandes Seres sean atacados por los ignorantes á causa de su supuesto egoismo en reservar conocimientos, que no que precipiten al mundo en una nueva catástrofe como la atlántea.

(Se continuará.)



SPINOSA COMO TEÓSOFO

I. *Analogías entre el spinosismo y el panteismo ario.* — Quienes deben ser reconocidos como los más poderosos teósofos panteistas son en la antigüedad los indios y en los tiempos modernos Spinosa. El espíritu oriental reclamó la inmanencia divina por vez primera en el grandioso cerebro de este pensador de Occidente, el más importante, sin duda, entre los epigonos. Con una sola frase ha sido juzgada por Hegel su *Ethica*: «No puede ser filósofo el que una vez siquiera no haya bañado su alma *en el éter de la sustancia única.*» Su teogonía, como la del brahmanismo, es una doctrina de la emanación que hace salir de Dios á todos los seres como de una fuente universal, sin admitir distinción absoluta entre aquéllos. Panpsiquista ó monista ideológico, admite que el pensamiento es idéntico con el objeto del pensamiento, y prueba, no la existencia de Dios, sino que Dios es la existencia. De ahi este teorema que hacia las delicias de Gœthe: *Scientia intuitiva existencia ipsa est, et hoc cognoscendi genus procedit ab adecuata idea essentiae formalis quorumdam Dei atributorum adecuatam cognitionem essentiae rerum.* Algunos críticos é historiadores de la filosofía, dados á exagerar las concordancias entre las opiniones y á limitar la originalidad del pensamiento europeo moderno en la parte teosófica, han pretendido que Spinosa tomó los principios de su sistema de aquella misteriosa doctrina que los hebreos llamaron Kábala ó transmisión oral de la sabiduría divina. Esta exclusivista afirmación quedó sin fundamento después de los trabajos de la crítica más reciente. Sería, sin embargo, un error aislar las teorías de Spinosa de las tendencias del espíritu oriental. Hemos visto, al ocuparnos de los grandes teósofos españoles,

que este espíritu fué el de nuestros israelitas. Spinosa, engendrado por judíos lusitanos y acaso parido en nuestro suelo, llevaba en la masa de la sangre el *virus* panteista de Avicebrón, de Avenezra, de Levi-ben-Jerson. Tenia algo de eso que hoy se llama *herencia de influencia:* era un monoteista armado para defender la causa del panteismo, un ario disfrazado de semita.

II. *Fundamentos teosóficos de la individualidad.*—Spinosa forma parte de aquellos que de ningún modo admiten individualidades reales; conserva y usa, como los pensadores sanscritos, el nombre de individuo, pero sólo para hacer más evidente su asimilación transcendental al fondo divino de la existencia. «Toda cosa, en cuanto es — dice — se esfuerza en perseverar en su ser... Este esfuerzo, por el cual toda cosa tiende á perseverar en su ser, no envuelve tiempo finito alguno, sino un tiempo indefinido. El alma, ya cuando tiene ideas claras y distintas, ya cuando las tiene confusas, se esfuerza en perseverar indefinidamente en su ser y tiene conciencia de tal esfuerzo... Nuestra alma, en cuanto conoce su cuerpo y se conoce á si misma bajo el carácter de eternidad *(sub especie aeterni)*, posee necesariamente el conocimiento de Dios y sabe que existe en Dios y es concebida por Dios.»

III. *Razones teosóficas de la fraternidad humana.*—«La suprema virtud del alma — escribe Spinosa — es conocer á Dios.» Y en seguida añade: «El amor intelectual del alma por Dios es el mismo amor que Dios experimenta hacia si, no en cuanto infinito, sino en cuanto su naturaleza puede expresarse por la esencia del alma humana, considerada bajo el carácter de eternidad; en otros términos: el amor intelectual del alma á Dios es una parte del amor infinito que Dios se tiene á si mismo... Resulta de ahí que Dios, en cuanto se ama á si mismo ama también á los hombres, y, por consiguiente, que el amor de Dios á los hombres y el amor intelectual de los hombres á Dios son la misma cosa. Esto nos hace comprender claramente en qué consiste nuestra salvación, nuestra beatitud, ó en otros términos, nuestra libertad, á saber: en un amor constante y eterno hacia Dios, ó si se quiere, en el amor de Dios hacia nosotros... El amor á Dios no puede ser manchado por sentimiento alguno de envidia ni de celos, y se mantiene en nosotros con tanta mayor fuerza cuanto mayor es el número de hombres que nos representamos unidos á Dios por este mismo lazo del amor.»

IV. *Principio teosófico de la moral.*—Según Buddha, el deseo es la causa del dolor. Según Spinosa, el deseo es la causa del amor, teniendo en cuenta su estimulo doloroso. «El deseo, tomando sus propias palabras, es el apetito dotado de conciencia de sí mismo. Resulta de ahí

que el fundamento del esfuerzo, del querer, del apetito, del deseo, no es que se juzgue que una cosa es buena, sino que, por el contrario, se juzga que una cosa es buena por cuanto se tiende á ella por el esfuerzo, el querer, el apetito, el deseo... El amor no es otra cosa que el gozo acompañado de la idea de una causa exterior.» La felicidad ha sido concebida por Manu como la sujeción del sujeto á si propio *(sarva matmavasham sukham.)* La concepción que formó Spinosa es infinitamente más amplia: «Paz interior en presencia del objeto deseado, lo cual aumenta su gozo, ó, por lo menos, le alimenta.» Sin embargo, esta felicidad, que los percances de la contingencia aparente de las cosas pueden amargar, queda compensada con la conciencia de la universal necesidad. ¡Cuánto no se dulcifica el dolor que nos causa la pérdida de un bien cualquiera, cuando estamos persuadidos de que no había medio alguno de salvarlo! «A medida que el alma conoce mayor número de cosas con un conocimiento de segundo ó tercer grado, menos sujeta está á padecer bajo la influencia de las afecciones malas.» Por lo demás, «el bien y el mal no señalan nada de positivo en las cosas consideradas en sí mismas y no son más que maneras de pensar ó nociones que formamos por la comparación de unas cosas por otras.» ¿Cuál será, pues, el criterio que habremos de seguir acerca de lo bueno y lo malo cuando se trate de personas? ¿Cuál será la regla á que habremos de ajustar las relaciones de bondad ó de malicia entre los individuos? Para contestar á estas preguntas debemos pasar, con Spinosa, de la idea de la moralidad á la de la justicia.

V. *Concepción teosófica del derecho.*—La unidad de la existencia, admitida por Spinosa como indispensable postulado del pensamiento, le llevó en el terreno jurídico á un universalismo verdaderamente asiático. Spinosa, confundiendo la noción del derecho con la de la fuerza para vivir, lo extiende á todos los seres. Allí donde llega la fuerza de cada uno, llega también su derecho Para demostrarlo, parte Spinosa del punto de vista siguiente: en el estado de la naturaleza no hubo más derecho que la fuerza; en el estado social la mayor fuerza y la mayor utilidad es respetar el derecho de nuestros semejantes. Cuando todavía no hubiera sociedad alguna, se debería activar una fuerza de sociabilidad y de derecho. Pero tal aspiración, y por cierto muy práctica y legítima, la hubiera podido abrigar partiendo de otro punto de vista; la libertad le habría llevado á vislumbrar lo que Kant llamó la comunión de seres racionales ó la república de los fines; mas la necesidad implacable fué el ideal de Spinosa, que no distinguió jamás el bien ni el mal en sí. Para él era bueno lo útil y malo lo nocivo «El ignorante y el in-

sensato no están más obligados á vivir, según las leyes del buen sentido, que un gato á vivir según las leyes de la naturaleza del león.» Debiera esperarse que, dadas estas fórmulas frías y crudas, mirase nuestro teósofo como imposibles las relaciones de la moral con el derecho, pero no es así: cuando le place introduce muchos postulados morales en los resultados jurídicos de su doctrina, de tal suerte, que de primer intento no parece su *Ethica* tan repugnante al paladar teosófico. Ciertamente, entre las acciones de los hombres cabe una distinción: la de utilidad y la de daño. El hombre ignorante é insensato á quien la ciega pasión conduce, es un desgraciado. Por el contrario, el que dominadas las pasiones voluntariamente se someta á la esclavitud de la razón, es dichoso. Claro es que con esto deben quedar excusados los actos dañinos de los hombres, puesto que se ven forzados á obrar como obran, pero á la vez se privan *ipso facto* de la felicidad y cae sobre ellos inexorable la ley de la razón. *Nos habemus lex et secundum legem debet mori*, decían ya los judíos á Pilatos. También aquí se advierte la inmoralidad del pesimismo absoluto y del fatalismo, que es su consecuencia. «Un caballo, concluye Spinosa, no tiene la culpa de ser caballo y no hombre; pero esto no impide que deba ser caballo y no persona. Aquel á quien la mordedura de un perro rabioso vuelve hidrófobo, es seguramente excusable, y sin embargo, hay que darle muerte. De igual manera el hombre que no puede gobernar sus pasiones ni contenerlas por el temor de las leyes, aunque excusable á causa de la enfermedad de su naturaleza, no puede, sin embargo, gozar de la paz del alma ni del conocimiento y el amor de Dios y es necesario que perezca.»

VI. *Rectificación de la teosofía spinosista.*—Muchas de estas concepciones, que traen á la memoria las de Kapila, Gotama y Patandjalí, han reaparecido engrandecidas en Schelling, en Silesio, en Schopenhaüer y en otros teósofos modernos. El defecto de la doctrina de Spinosa es el abuso del rigorismo deductivo, la confusión de la conciencia individual con la universalidad de la existencia, olvidando que, según la profunda sentencia del Advaiti, «la verdad es la realización de lo que nos proponemos en nuestro espíritu», y según la no menos profunda del Brahman «mirando á nuestro alrededor, no veremos á nadie más que á nosotros mismos». Por eso la teosofía más moderna, sobre todo después de Leibnitz, considerando que la necesidad y el determinismo no expresan más que una parte de la realidad, ha comenzado á pasar del punto de vista panteísta y matemático, que niega *à priori* toda libertad y todo progreso consciente, al punto de vista individualista y

dinámico, que busca dentro de lo finito de las personalidades el principio de moralidad y de unión. No, el *fatum* universal, proclamado por Spinosa, no constituye el fondo íntimo de la existencia: es preciso reconocerlo para no desesperar.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



ORIENTE Y OCCIDENTE

MUCHOS teosofistas discurren en la actualidad sobre la cuestión de los ideales orientales y occidentales. Y como gran parte de la contienda parece fundarse en mis opiniones, reales ó supuestas, juzgo conveniente exponer con claridad cuáles son éstas. No hago esto con la idea de imponerlas á nadie, sino sólo con el propósito de esclarecer en parte el asunto.

Según creo, hay ciertos principios fundamentales que regulan toda opinión sana sobre ideales nacionales; por esto considero oportuno comenzar por una exposición de los mismos.

I. No puede reproducirse ningún estado anterior de una nación, porque ésta no puede desandar la senda por donde ha evolucionado. Los principios pueden ser restablecidos, pero su aplicación tiene que adaptarse á las nuevas circunstancias.

II. Para que una aspiración nacional sea útil, debe estar en armonía con el carácter nacional y ser consecuencia del pasado de la nación. Debe ser natural del suelo y no exótica.

III. Todo pueblo tiene su línea de evolución propia, y cualquier intento de hacerle seguir la línea de evolución de otro país, sería desastroso; pero, en realidad, todo intento de esta clase está de antemano condenado al fracaso, porque choca con el plan del mundo. El mundo existe para la evolución del alma, y para esta evolución se requiere diversidad de experiencias. Razas, subrazas, familias, naciones, así como los dos sexos, sirven á la evolución con sus diferencias, y presentan la diversidad de suelo y cultura que producen la variedad de las capacidades del alma. Si se redujesen á una insípida uniformidad, su valor, como clases de la escuela donde el alma se educa, sería perdido, y el alma tendría una cualidad en exceso desarrollada y otra sin desarrollar.

La resultante de estos principios es que cualquier escritor ú orador que trate de formar la opinión pública de una nación, debe saturarse del pasado de la misma, distinguir claramente entre los principios fundamentales y sus manifestaciones pasajeras, identificarse en pensamiento y sentimiento con esa nación, presentar ante ella el ideal que se adapte á lo mejor de su sentimiento y vivificar y fortalecer todo lo qne haya de más noble en la inteligencia nacional. Debe procurar el suplir defectos, podar excrecencias, moderar exuberancias, pero obrando siempre dentro de límites prudentes, no tratando de cambiar su tipo particular, sino de hacer evolucionar este tipo hacia su más elevada expresión. Puede decirse quizá que de aqui procede el que cuando los habitantes de otra nación se enteran de conceptos que van dirigidos á gentes determinadas y no á la humanidad en general, tengan presente el objeto especial de las expresiones y no las tomen como si fuesen para ellos.

Por ejemplo: en el número de Septiembre de *The Theosophical Review*, se habla de la «suposición, común entre los individuos de la Sociedad teosófica, de que nuestro ideal occidental de la civilización tiene que modelarse de nuevo con arreglo al ideal más ó menos histórico que Mrs. Besant ha construído para nosotros de los relatos del *Mahâbhârata.*» Si semejante suposición existe, me parece que se basa en una mala interpretación fundamental del uso de «un ideal histórico.» Semejante ideal debe ser derivado de los principios que hayan servido de fundamento para la evolución eficaz de determinada nación y destinado exclusivamente á esa nación particular y no á otras. Además, al formar ese ideal no se intenta reproducir las condiciones exactas del pasado — véase Principio I — ni aun para la nación á quien ese ideal se presenta; pero esa nación, reconociendo los principios en que se fundara su periodo de grandeza, y cuyo abandono ha originado su decadencia, puede hacer revivir esos principios y darles la nueva expresión que las circunstancias de la época exigen.

Tomemos como ejemplo la cuestión de las castas en la India. Eran el reconocimiento externo, en un orden social, de la existencia de cuatro tipos fundamentales, ó sean grandes estados de evolución por los que pasan las almas en su desenvolviento. El Manu de la Quinta Raza basó su organización social de la subraza más antigua en un reconocimiento de estos estados. Así guió las almas, grandemente evolucionadas en el conocimiento y en la falta de pasiones, á encarnar como predicadores y sacerdotes; á las evolucionadas en poder, como reyes y guerreros; á otras, como comerciantes y traficantes, y á las menos desarrolladas, como artesanos, labradores y sirvientes. Señaló á cada tipo su

Dharma ó ley de desarrollo, siguiendo la cual podía alcanzar la perfección. Esta organización originó una época de gran esplendor y prosperidad en la India.

A medida que nacieron almas menos evolucionadas en este orden de cosas, sus cualidades imperfectamente desarrolladas, no pudieron sostener el admirable modelo instituido por el gran Legislador, y así las castas degeneraron y sus Dharmas respectivos fueron practicados con menos exactitud. Por otra parte, surgieron entre ellos innumerables subdivisiones artificiales, causadas por espíritu de separatividad y exclusivismo, y la casta vino gradualmente á ser considerada como una marca de distinción social que determinaba la consideración que la sociedad debía conceder á sus individuos, en lugar de determinar la naturaleza del servicio que sus individuos debían hacer á la sociedad. De este modo, de la combinación de la casta con la separatividad, en lugar del verdadero enlace de la casta con el servicio, resultó una serie monstruosa de males sociales que devoró, y aún está devorando, la vida de la India.

Ahora bien; los que tratan de construir para la India los fundamentos de un porvenir dichoso, procurarán desembarazar el principio del cuádruple orden, de los impedimentos que lo ahogan en los tiempos modernos, de manera que el país aproveche una tradición nacional profundamente arraigada en su naturaleza, y pueda así evolucionar de un modo sobrio y ordenado, evitando los conflictos sociales que amenazan la civilización occidental. Pero esto no significa que sueñen con insertar en la civilización de Occidente un ingerto oriental exótico é impropio, ni que crean que la institución adecuada al genio de determinada nación del Oriente, deba ser impuesta á los pueblos occidentales á cuyo carácter no se adapta.

Como dijo admirablemente el doctor Weils, el deber del hombre de Occidente es encontrar, entre las cuatro sendas de vida, aquélla en que ha nacido, y luego tratar de andar por ella. Puede aprender del Oriente que hay cuatro caminos distintos, así como también la existencia de Dharma, la ley de crecimiento en cada uno de estos caminos. Estas son las lecciones generales que puede aprender con aprovechamiento, aclarando mucho sus conceptos sobre la vida con este conocimiento. Pero esto no significa que deba trasplantar las castas al Occidente. Las castas no son más que una manifestación temporal de un principio fundamental de la naturaleza, y el hombre de Occidente debe atender al principio fundamental, pero no así á una manifestación pasajera y particular del mismo.

Otra interpretación errónea que nubla en Occidente muchas expresiones de ideales orientales, ó más bien indios, consiste en que el Dharma del Brâhmana — el sacerdote é instructor — se considera como del indio en general, y el desapasionamiento del verdadero Brhàmana se mira como una característica general de la nación. Pero no hay semejante cosa.

Extraviado por esta idea, el doctor Wells observa que «el regimiento indígena es una ayuda mucho más importante para la regeneración de la India que cualquier número de colegios indios». Es cierto que la gran casta de los Kshattriyas fué hecha pedazos en Kurukshetra; pero es también verdad que la India ha tenido siempre y tiene aún dentro de sus fronteras mucho del mejor material guerrero del mundo. Sus razas guerreras mantienen aún su puesto al lado de las mejores tropas que el Occidente pueda poner sobre el campo, y su admirable valor, disciplina y dominio propio, ha sido últimamente motivo de alabanza de parte del Secretario de la India y del General que mandaba en China. Si el regimiento indio pudiese regenerar á la India, ésta no hubiese degenerado.

La falta de un ideal nacional y de un amplio patriotismo, es lo que ha causado la degeneración india; sus regimientos han combatido por sus provincias, no por su país.

Yo he visto la declaración de que «hemos conquistado á la India por la espada y la poseemos por la espada». Para que esta frase fuera verdad, habría que añadir á la palabra «espada» la palabra «india.» La India fué conquistada por sus propios hijos combatiendo al lado de los ingleses contra sus enemigos locales hereditarios, Estado contra Estado, y la astucia británica empleaba á los indios para subyugar á los indios, y poniendo en juego las envidias locales, unas contra otras, conquistó cada Estado por turno. Lo mismo sucedió cuando la rebelión. La dominación británica fué salvada por grandes jefes indios, siendo éstos los que aún la defienden, prefiriendo el dominio inglés al de sus rivales. Esto no hace desmerecer al valor británico; pero por muy valientes que sean, una veintena de hombres no pueden vencer á cientos.

Puede ser, sin embargo, que hasta los «colegios indios» sean útiles en la manufactura de la fibra viril. El otro día observaba yo el *football team* de nuestro colegio al hacer frente á un *team* de soldados ingleses, y aun cuando los muchachos fueron por completo vencidos en fuerza y habilidad, lucharon hasta el fin con vigor y «empuje» sostenido y están deseosos de volver á luchar con el mismo *team*. Las escuelas pú-

blicas inglesas influyen mucho en la formación del carácter inglés, y una educación semejante pudiera ser aquí útil (1).

Volviendo á la tesis principal de este artículo, no queremos que los occidentales adopten ideales orientales, sino simplemente que aprendan de ellos lo que pueda serles útil y lo tejan de un modo apropiado en su tipo propio. Y del mismo modo no queremos que los indios adopten ideales occidentales, sino que aprendan igualmente lo que les sea útil y lo ingieran en su propio tipo. Nuestra idea no es convertir al inglés en un indio de quinta clase, ni al indio en un inglés de quinta clase, sino que cada uno sostenga su propio tipo esencial enriquecido, pero no transformado, con lo que cada cual pueda aprender del otro. Las almas que han tenido varias encarnaciones sucesivas indias y se encuentran ahora encarnadas en Occidente, se sentirán inevitablemente atraídas á las formas de las enseñanzas indias, encontrando en ellas la expresión espiritual más adecuada á sus propias idiosincrasias. Pero esto no debe inducirles á forzar en otros occidentales, que no han compartido sus experiencias indias, esas formas de la Verdad que más congenian con ellos. Pero aquí, *en la India*, la reverencia que muestra por el Hinduismo uno de la «raza conquistadora», es un factor importante para inducir á los hindos á reconocer el valor de su propia filosofía y religión; precisamente como el reconocimiento por Schopenhauer del valor de los Upanishads fué más eficaz para hacer volver la mente de la India joven á esos inapreciables documentos, que las aseveraciones de una docena de Pandits. El ejemplo influye más que el precepto, tanto aquí como en otras partes, y en la gran labor de reconstruir una nación no puede desecharse ningún factor útil.

La obra del renacimiento de la India, sin embargo, sería más bien entorpecida que ayudada, por la copia servil de los ideales de Occidente, ó por cualquier necio intento de trasplantarlos á suelo extranjero. Y lo que es aún más importante, el uso del Oriente y del Occidente, como escuelas distintas de evolución del alma, sería seriamente disminuído si llegasen á hacerse demasiado semejantes, y ninguna persona verdaderamente previsora puede desear que suceda semejante catástrofe. Pero es seguramente posible, á lo menos para el teosofista, ser amplio de corazón y tolerante, y valorar lo suficiente su propio nacimiento occidental, si ha nacido en Occidente, sin depreciar el Oriente.

ANNIE BESANT.

---

(1) Este artículo está escrito en la India, donde se halla actualmente su autora. — (N. del T.)

COMO SE ESCRIBIÓ «ISIS SIN VELO»

(CONTINUACIÓN).

Una vez escribió á su hermana Vera sobre el mismo asunto del cómo escribía:

«Puedes no creerme, pero te digo que al manifestarte esto hablo la verdad; estoy ocupada, no solamente en escribir *Isis*, sino con Isis misma. Vivo en una especie de encantamiento permanente, una vida de visiones y de vistas, con los ojos abiertos y sin probabilidad alguna de que mis sentidos se engañen. Me siento y observo constantemente á la hermosa diosa. Y ella despliega ante mí el sentido oculto de sus *secretos* tanto tiempo hace perdidos; y el velo, haciéndose á cada momento más sutil y transparente, cae gradualmente ante mis ojos, ¡retengo el aliento y apenas puedo dar crédito á mis sentidos!... Durante varios años, y á fin de no olvidar lo que he aprendido en otra parte, se me ha hecho tener permanentemente ante mis ojos todo lo que he necesitado ver. Así, noche y día, las imágenes del pasado se presentan á mi vista interna. Lentamente, y deslizándose como las imágenes de un panorama encantado, centurias tras centurias aparecen ante mí... y se me hace relacionar esas épocas con ciertos sucesos históricos, y yo *sé* que no puede haber error. Razas y naciones, países y ciudades surgen en una centuria, luego se borran y desaparecen en otra posterior y sus fechas precisas se me dicen entonces por... La remota antigüedad cede su lugar á los períodos históricos; los mitos son explicados por sucesos y personajes reales que han existido verdaderamente, y todo suceso importante, y á menudo no importante, cada revolución, nueva hoja suelta en el libro de las naciones — con su curso incipiente y subsiguientes resultados naturales—queda fotografiada en mi mente como si fuese impresa en colores indelebles... Cuando pienso en mis pensamientos y los observo, me parecen como si fueran esos pedacitos de madera de varias formas y colores, en el juego conocido del rompe cabezas; los cojo uno á uno y trato de ajustarlos, tomando uno primero y poniéndolo á un lado hasta que encuentro su pareja, y, finalmente, siempre termino por obtener algo geométricamente correcto... *Ciertamente que me niego en absoluto á atribuirlo á mi propio conocimiento ó memoria*, pues yo sola no podría jamás llegar á tales premisas ó conclusiones. Te digo seriamente que *me ayudan*, y el que me ayuda es mi GURU.»

A su tía le dice que durante la ausencia de su Maestro en alguna otra ocupación;

«Él despierta en mí su sustituto en conocimiento... En tales momentos no soy yo quien escribo, sino mi Ego interno, mi yo luminoso, que piensa y escribe por mí. Juzgad vos misma... Me conocéis. ¿Cuándo he sido yo tan sabia para escribir tales cosas? ¿De dónde me ha venido todo este conocimiento?»

Los lectores cuyas inclinaciones les lleven á indagar hasta el fondo tales únicos problemas psíquicos como éstos, no deben dejar de comparar estas explicaciones que ella da de sus estados de conciencia, con una serie de cartas á su familia cuya publicación se principió en la revista el *Path* (N. I. 144 Madison Ave) de Diciembre 1894. En ellas admite abiertamente que su cuerpo era ocupado en tales ocasiones, y el trabajo literario era hecho por otras entidades «quienes me enseñaban por sus labios»—dice—y expresaban unos conocimientos de los cuales ella no poseía ni siquiera una vislumbre en su estado normal.

Tomada literalmente tal como está expresada, esta explicación es poco satisfactoria, pues si los desunidos trozos de pensamiento de su rompe cabezas psíquico siempre concluían por adaptarse de suerte que hacían el problema estrictamente geométrico, entonces su obra literaria estaría libre de errores y sus materiales se juntarían en un esquema ordenado de sucesión, lógica y literaria. Inútil es decir que lo que sucede es lo contrario, y que aun cuando *Isis Sin Velo* salió de la prensa de Trow, después que Bouton había gastado más de $ 600 en las correcciones y alteraciones que ella había hecho en las pruebas de galeradas, páginas y planchas (1), carecía y carece hasta hoy de plan literario definido. El vol. I dice limitarse á cuestiones de ciencia; el vol. II, á las de religión, y sin embargo, en cada volumen hay muchas partes que pertenecen al otro, y Miss Kislingburg, que bosquejó el índice del vol. II puede atestiguar las dificultades que tuvimos para trazar los rasgos de un plan para cada uno de nuestros respectivos volúmenes.

Además, también cuando el editor se negó perentoriamente á poner más capital en la aventura, teníamos preparados bastantes manuscritos adicionales para hacer un tercer volumen, los cuales fueron destruídos sin compasión antes de dejar nosotros la América, pues H. P. B. no soñó que pudiera ne-

(1) En Mayo 1877 me escribe lo siguiente: «Las alteraciones me han costado ya $ 600, y á este paso cuando el libro aparezca, estará recargado con un gasto tan terrible que cada ejemplar de los 1.000 primeros costará mucho más que lo que obtengamos por él, lo cual es una perspectiva muy desalentadora. El costo de la composición de solo el primer volumen (con la estereotipación) asciende á $ 1.359,69, y esto solo un volumen; calcule usted, sin papel, tirada, ni encuadernación. Vuestro afectísimo W. Bouton.» No solamente hizo ella innumerables correcciones en los tipos, sino que después de estar fundidas las planchas, las hizo cortar para trasponer el texto primitivo é insertar cosas nuevas que le ocurrían ó que había encontrado en sus lecturas.

cesitarlo en la India, al paso que ni siquiera se había pensado en el *Theosophist*, *La Doctrina Secreta* y sus demás producciones literarias posteriores. ¡Cuántas veces ella y yo hemos mezclado nuestras lamentaciones por haber destruído todo aquel valioso material con tanta ligereza!

Habíamos ya trabajado en el libro durante varios meses y se habían escrito unas 870 y tantas páginas del manuscrito, cuando una noche me hizo ella la pregunta de si para complacer á . . . («nuestro *Pâramaguru*») consentiría en volver á principiarlo todo. Me acuerdo muy bien del efecto que me produjo el pensar que todas aquellas semanas de penosa labor, de tempestades psíquicas y maremagnum arqueológico, verdaderos rompecabezas, no iban á servir para nada, según yo, en mi necia y ciega ignorancia, me imaginaba. Sin embargo, como mi amor, reverencia y gratitud á este Maestro y á todos los Maestros, por concederme el privilegio de tomar parte en su obra, no tenían límites, consentí en ello y de nuevo dimos principio al trabajo. Bien me sirvió el haberlo hecho, pues habiendo probado mi firmeza de propósito y mi lealtad á H. P. B., recibí una amplia recompensa espiritual. Se me explicaron principios, se me dieron múltiples ilustraciones en forma de fenómenos psíquicos, se me ayudó en experiencias que hice yo mismo, se me hizo conocer á varios Adeptos y aprovechar tal conocimiento, y en general quedé apto, en lo que me lo permitía mi innata tenacidad y mi mundana suficiencia, para el entonces no sospechado porvenir de trabajo público que luego se ha hecho cuestión histórica. La gente ha considerado muchas veces muy extraño, y en verdad incomprensible, que entre todos los que han ayudado este movimiento teosófico, á menudo á costa de los mayores sacrificios, haya sido yo el único favorecido de tal suerte con experiencias personales de los Mahatmas, que el hecho de su existencia sea para mí un conocimiento real, como puede serlo la existencia de mis propios parientes y de mis amigos íntimos. Yo mismo no puedo explicarlo. Yo sé lo que sé, pero no el por qué muchos de mis colegas no saben otro tanto. Tal como están las cosas, mucha gente me ha dicho que cree en los Mahatmas fundados en mi invariable y jamás desmentido testimonio personal que confirma las declaraciones de H. P. B. Probablemente he sido tan afortunado porque tenía que botar el barco la «Teosofía» con H. P. B. y por los Maestros de H. P. B. y guiarlo á través de muchos maelstroms y ciclones, cuando ninguna otra cosa que el conocimiento positivo de la sana base de nuestro movimiento me hubiese hecho permanecer firme en mi puesto.

Intentaremos ahora analizar el estado mental de H. P. B. mientras escribía su libro, y ver si alguna hipótesis conocida puede darnos la clave de otras marcadas diferencias de personalidad, de escritura y de mentalidad que ya hemos mencionado. La empresa es de una naturaleza tan delicada y compleja, que dudo que un problema psíquico semejante, salvo el de Shakespeare, se haya presentado antes; y creo que, después de leer lo que tengo que decir, mis colegas en el estudio de la Teosofía y Ciencia Oculta abundarán en esta opinión.

DIFERENTES HIPÓTESIS

Al paso que bien puedo tener perdida la esperanza de poder probar el grado exacto en que la compleja personalidad de H. P. B. escribió *Isis Sin Velo*, creo, sin embargo, claro y fuera de duda que digirió y se asimiló todo el material, haciéndolo suyo y adaptándolo en su libro, á modo de quien construye un mosaico. Como el profesor Wilder me escribió hace poco: «Escasos son los libros absolutamente originales. Que estos volúmenes están escritos en su estilo peculiar, es tan claro que más no puede serlo. La gente sólo pide que se aplique el principio de Mr. Henry Wad Beecher: Cuando cómo pollo, no me convierto en pollo, sino que el pollo se convierte en mí.»

Nada sería más fácil que desnaturalizar toda la investigación y ponernos en armonía con los que declaran sencillamente que H. P. B. ha sido, por decirlo así, inspirada divinamente y exenta de errores, exageraciones y limitaciones; pero habiéndola conocido tan bien, yo no puedo hacer esto, y sólo la verdad puede servir mi propósito. En cuanto á retroceder ante la investigación más minuciosa de sus dotes ocultas y mentales, no hay que pensarlo. Yo, ciertamente, no voy á cerrar los ojos ante los hechos y abandonarla, así, á ella y á su obra, á aquellos que se alegrarían de destruir el pedestal en el cual debemos colocarla, degradándola á la categoría de impostor peligroso á que trataron de recluirla los directores de la S. P. R. (1). La cuestión misma de la supuesta semejanza entre su propio carácter de letra y el de un Maestro — una de sus tantas acusaciones, — tiene su debido lugar en nuestra presente discusión del manuscrito de *Isis Sin Velo*

No puede dejar de verse, si sobre ello se reflexiona, que respecto del caso de que se trata hay que considerar, por lo menos, las siguientes diversas hipótesis:

1 ¿Fué escrito el libro en su totalidad por H. P. B. como un amanuense independiente y consciente bajo el dictado de un Maestro?

2 ¿O todo ó en parte por su Yo Superior dominando su organismo físico?

3 ¿O como un medium obsesionado por otras personas vivas?

4 ¿O en parte bajo dos ó más de estas tres condiciones?

5 ¿O como un medium espiritual ordinario, dirigido por inteligencias desencarnadas?

6 ¿O fué escrito por diversas personalidades suyas latentes y activas?

7 ¿O simplemente por la señora rusa H. P. B. no inspirada, ni dominada, ni obsesionada, sino en el estado usual de vigilia y sin diferencia alguna de cualquier autor que escribiese una obra de esta clase?

Principiemos por la última alternativa. Descubriremos prontamente, y sin

(1) Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, que declaró la guerra á H. P. B. por no querer someterse ésta á sus experimentos ni aceptar sus conclusiones.— (N. del T.)

equivocación posible, que la educación y prácticas de H. P. B. son por completo incompatibles con la idea de que fuese erudita, filósofa, ni en lo más mínimo lo que se llama un gusano de libros. Las memorias de su vida, comunicadas por su familia á Mr. Sinnett, su biógrafo, y á mí, demuestran que era una discípula rebelde, sin afición alguna á la literatura séria, sin inclinación hacia la gente instruída, sin tendencia á rebuscar en las bibliotecas: el terror de su institutriz, la desesperación de sus parientes, una rebelde apasionada contra toda restricción de costumbres ó convencionalismo. Sus primeros años los pasó en compañía de «duendes» y «espíritus», con los que se entretenía días y semanas enteras en jugar malas pasadas á las gentes y decirles secretos desagradables. La única literatura á que era aficionada era al *folk-lore* de Rusia, y en ninguna época de su vida, antes de empezar á escribir *Isis*, ni aun siquiera durante el año que vivió en Nueva York, antes de que la enviaran á darme caza, ni su familia. ni ninguno de sus amigos y conocidos tuvo noticia de que desarrollara hábitos ni gustos literarios. Miss Ballard y otras señoras que la conocieron en las diversas casas de huéspedes en que estuvo en Nueva York, y que estaban familiarizadas con sus costumbres y modo de vivir, jamás la vieron que visitase la biblioteca Astor, ni la de la Sociedad, ni la de Mecánica, ni la de Historia, ni la del Instituto Americano, ni la de Brooklyn, ni la Mercantil: no ha habido nadie que haya declarado conocerla como visitadora de tales centros del pensamiento impreso. No pertenecía á ninguna sociedad científica, ni á ninguna otra análoga en parte alguna del mundo, ni había publicado libro de ninguna clase. Andaba á caza de taumaturgos en países salvajes y en los medio civilizados, no para leer sus libros (que no existían), sino para aprender psicología práctica. En una palabra: no era una persona literata hasta el tiempo en que se escribió *Isis*. Este hecho era igualmente claro para todos sus íntimos de Nueva York como para mí, y tal opinión se halla confirmada por ella misma en el último artículo del *Lucifer*, «Mis Libros», que escribió antes de su muerte. En él dice que los siguientes hechos son «innegables y sin contradición posible»:

«(1) Cuando fuí á América en 1873, no había hablado inglés — el cual había aprendido en mi infancia en coloquios — hacía más de treinta años. Podía comprender lo que leía, pero apenas podía hablarlo.

(2) Nunca he estado en ningún colegio, y lo que sabía, lo había aprendido por mí misma; jamás he tenido pretensiones de instruída en el sentido de la investigación moderna; no había entonces leído apenas obra alguna científica europea, y conocía muy poco la filosofía y ciencias occidentales. Lo poco que había leído y aprendido de éstas, me había repugnado por su materialismo, sus limitaciones, su dogmatismo estrecho y seco y su aire de superioridad sobre las filosofías y ciencias de la antigüedad.

(3) Hasta 1874 no había jamás escrito una palabra en inglés ni había publicado obra alguna en ninguna lengua. Por tanto:

(4) Cuando principié á escribir lo que más adelante se convirtió en *Isis Sin Velo*, tenía tanta idea de lo que iba á ser, como un habitante de la luna.

No tenía plan ninguno; no sabía si iba á ser un ensayo, un folleto, un libro ó un artículo. Yo sabía que *tenía que escribirlo*, esto era todo. Principié la obra antes de conocer bien al coronel Olcott y algunos meses antes de la formación de la Sociedad Teosófica.»

La última sentencia es errónea, pues ella no la principió hasta que nos conocimos bien; en una palabra, hasta que fuimos íntimos amigos. El artículo todo debió haber sido vuelto á escribir, ya que debía ser el último suyo.

Las innumerables sustituciones de nuevo original por el antiguo, y los transportes de un capítulo ó de un volumen á otro en *Isis Sin Velo*, se limitaban á aquellas partes de la obra que fueron escritas, por decirlo así, en su estado normal — si es que hubo alguno que fuese tal —, lo que indicaba las penosas luchas de una mano inexperta en una gigantesca tarea literaria. Desconociendo la gramática y los sistemas de literatura ingleses, y con su mente absolutamente sin educar para semejante trabajo sostenido de escritora, pero dotada, sin embargo, de un valor sin límites y de un poder de continua concentración de pensamiento sin igual, persistió en su camino durante meses y meses, dirigiéndose á la meta: el cumplimiento de las órdenes de su Maestro. Esta proeza literaria suya sobrepuja á todos sus fenómenos.

El contraste chocante entre las porciones deficientes y las casi perfectas de su manuscrito, prueban claramente que en todo él no actuó la misma inteligencia; y las variaciones de letra, de método mental, de facilidad literaria y de idiosincrasia personales confirman esta idea. Dado el tiempo transcurrido desde entonces y la destrucción de su manuscrito, me es imposible decir quién de estas cambiantes personalidades es la principal responsable de su supuesto y no reconocido empleo de citas. Lo que caía en mis manos que parecía haber sido tomado de otro autor, lo colocaba yo, por supuesto, entre comillas, y es muy posible que su mezcla con algunas de sus propias ideas originales me sea imputable, pareciendo tales pasajes como si fueran de otra persona. Cuando escribía palabras de otra gente en su argumento corriente, sin interrupción en la continuidad, entonces, como era natural — á menos que los pasajes fuesen de libros que yo había leído y que me fueran familiares —, yo continuaba corrigiendo como si fuese original propio de H. P. B. He dicho antes que obtuve mi educación oculta en la compilación de *Isis* y con la enseñanza y experimentos de H. P. B.; y ahora debo añadir que mi vida literaria anterior me había llevado á campos de estudio mucho más positivos que la literatura que sintetiza en *Isis*, á saber: Química de Agricultura y Agricultura Científica en general. De suerte que aquélla hubiera podido haberme dado original por completo sacado de pasajes de orientalistas, filólogos y sabios orientales, sin que yo hubiera podido darme cuenta de ello. Personalmente, jamás se me ha señalado ninguna clase de plagios en *Isis*, ya sea verbalmente ó de otro modo, ni yo sé que exista alguno; pero si los hay, dos cosas son posibles: (*a*) que fueran hechos por el principiante en literatura, inexperto y sin educación alguna, H. P. B., que

ignoraba el pecado literario que cometía; ó (*b*) que los pasajes estuviesen de tal modo interpuestos en el original que no llamaron mi atención editorial, respecto á su incongruencia con lo que les precedía ó les sucedía. O—tercera alternativa,—¿no pudiera ser que estuviese ella, cuando escribía, medio en este plano de conciencia y medio en otro, y que leyese las citas por la clarividencia en la *Luz Astral* y las usase á medida que se le presentaban, sin saber realmente quiénes eran los autores ni los títulos de los libros? Seguramente que sus amigos orientales pueden aceptar esta teoría como plausible, pues si alguien había que viviese en dos mundos habitualmente, era ella. A menudo —como ya antes hemos dicho — la he visto en el acto mismo de hacer extractos de libros fantasmas, invisibles para mis sentidos, y, sin embargo, innegablemente visibles para ella.

Consideremos ahora la otra hipótesis, la sexta, á saber: que el libro fué escrito por varias personalidades distintas de H. P. B. Sobre este punto las investigaciones de nuestros contemporáneos no están todavía tan adelantadas que nos permitan dogmatizar. Mr. Sinnett, en sus *Incidentes de la Vida de Mme. Blavatsky* (p. 147), cita una descripción escrita por ella de una «vida doble» que llevó durante cierta «fiebre ligera», la cual era, sin embargo, una enfermedad aniquiladora que tuvo, cuando era aún joven, en Mingrelia:

«Siempre que me llamaban por mi nombre abría los ojos al oirlo, y era yo misma, mi propia personalidad por todos conceptos. Tan pronto como me dejaban sola, sin embargo, recaía en mi estado usual de ensueño y me convertía en *otra persona* (quien era no quiso decirlo Mme. B.)... En las veces en que era interrumpida, siendo mi otro *yo*, por el sonido de mi nombre presente al ser pronunciado, y mientras estaba hablando en mi vida de ensueño —á la mitad, por decirlo así, de una frase ya dicha por mí ó por los que estaban con mi segundo *yo* en aquel momento—y abría los ojos para contestar á la llamada, respondía muy racionalmente y lo comprendía todo, porque nunca tuve delirio. Pero tan pronto como volvía á cerrar los ojos, la frase que había sido interrumpida era completada por mi *otro yo*, continuada desde la palabra y hasta desde la media palabra donde se había parado. Cuando estaba despierta y en mi *yo propio*, recordaba muy bien *quién era Yo* en mi segunda capacidad y lo que había sido y estaba haciendo. Cuando era *otra persona*, esto es, el personaje en que me había convertido, sé que entonces no tenía idea de quién era H. P. Blavatsky. Me hallaba en otro país muy distante, era una individualidad por completo diferente de mí, sin relación alguna con mi vida real.»

Dado lo que ya se ha visto, algunos pudieran decir que la única H. P. B. era la entidad consciente que habitaba su cuerpo físico, y que «la otra» no era H. P. B, sino una entidad distinta encarnada que tenía una relación inexplicable con el cuerpo de H. P. B. y con H. P. B. A la verdad, hay casos conocidos en los cuales ciertos gustos y talentos, extraños al yo normal, han sido mostrados por el segundo yo. El profesor Barrett, por ejemplo, cuenta que el hijo de un vicario en el Norte de Londres, después de una grave en-

fermedad, se convirtió en dos personalidades distintas. El yo anormal «no conocía á sus padres, no recordaba nada del pasado, se llamaba á sí mismo por otro nombre, y, lo que es aún más notable, desarrolló un talento musical, del cual él *no había jamás dado señales*.» Así, pues, hay muchos casos en que el segundo yo, reemplazando al yo normal, se aplica un nombre diferente y tiene una memoria especial de experiencias propias. En el bien conocido caso de Lurancy Vennum, su cuerpo estaba por completo obsesado por el alma desencarnada de otra muchacha llamada María Roff, que había muerto doce años antes. Bajo esta obsesión, su personalidad cambiaba por completo; recordaba todo lo que había sucedido siempre á María Roff antes de su muerte, pero á sus propios padres, relaciones y amigos, los desconocía absolutamente. El cuerpo ocupado parecía á María Roff «tan natural, que á penas si sentía que no era su cuerpo original, nacido hacía cerca de treinta años». El editor del folleto Watseka Wonder, copia del *Harper's Magazine*, de Mayo de 1860, el relato del Dr. W. S. Plummer, acerca de la doble personalidad de una tal María Reynold, que duró, con intervalos en que volvía á asumir el estado normal, desde la edad de dieciocho años á la de sesenta y uno. Durante el último cuarto de siglo de su vida *permaneció por completo en su segundo estado anormal:* el yo normal, el dueño consciente de aquel cuerpo, había sido, por decirlo así, borrado. Pero, obsérvese el hecho extraño de que todo lo que ella sabía en el segundo yo, le había sido enseñado en ese estado. Principió esta segunda vida á los dieciocho años (de la vida de su cuerpo), sin recuerdo alguno de María Reynold, de todo lo que ella había conocido ó sufrido; su segundo estado era precisamente el de un niño recién nacido. «Todo el pasado que le quedaba era la facultad de pronunciar unas pocas palabras, y hasta que se le enseñó su significado, no tenían sentido para ella.)» *Watseka Wonder*, p. 42.)

En los *Incidentes, etc.* (p. 146), hay una explicación de la manera como H. P. B. contestaba á las preguntas de la nobleza de Gooriel y de Mingrelia que había ido á consultarle respecto de sus asuntos privados. En estado de completa conciencia, veía clarividentemente sus pensamientos «á medida que emanaban de sus cabezas, como un humo luminoso en espiral, algunas veces á modo de surtidores de lo que pudiera considerarse una especie de materia radiante, combinándose luego en cuadros é imágenes diversos alrededor de ellos». Lo que sigue es especialmente sujestivo:

«Muchas veces tales pensamientos y las contestaciones que les daba, *se encontraban impresos en su propio cerebro, en forma de palabras y sentencias, del mismo modo que sucede con los pensamientos originales.* Pero, por lo que podemos comprender, las visiones primeramente mencionadas eran siempre más dignas de confianza, por cuanto eran independientes y distintas de las propias impresiones del vidente, y pertenecían á la clarividencia pura, no á la transferencia de pensamiento, que es un proceso siempre expuesto á mezclarse con las propias impresiones mentales más vívidas.»

Esto parece arrojar luz sobre el presente problema y sugerir la posibili-

dad de que H. P. B., al paso que se encontraba por completo normal en lo que se refería á su conciencia en el estado de vigilia, veía clarividentemente, ó por absorción de pensamiento—una palabra mejor que la de transferencia de pensamiento en este punto — la sabiduría acumulada de la rama de literatura que examinaba, y la ingería en su propio cerebro, de tal modo, que perdía la idea de que no era original suyo. Los psicólogos prácticos orientales no considerarán esta hipótesis poco razonable como harán otros. En verdad, después de todo, no es más que una hipótesis, y sus enemigos la llamarán sencillamente una plagiaria. Para los ignorantes el insulto es la línea de menos resistencia.

Los sostenedores de esta teoría, deben, sin embargo, recordar que el deseo más apasionado y ardiente de H. P. B. era el reunir el mayor número posible de corroboraciones de todas las fuentes antiguas y modernas, de las enseñanzas teosóficas que exponía, y todo su interés se cifraba en citar autoridades respetables y no en plagiar sus obras para mayor gloria suya.

(Se continuará).



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN [1]

por H. P. BLAVATSKY

Prefacio del Traductor [2]

«Debéis tener presente — decía Mme. Blavatsky — que nunca fué mi intención hacer de esto una obra científica. Mis cartas al *Mensajero Ruso*, bajo el título general de «Desde las Cuevas y Selvas del Indostán» fueron escritas en ratos de ocio, más como entretenimiento, que como propósito serio.»

«Generalmente hablando, los hechos é incidentes son verdad; pero he usado libremente del privilegio de autor para agruparlos, darles color y arte dramático, cuando lo he creído necesario para el efecto completo artístico, aunque, como ya he dicho, mucha parte del libro

(1) Damos principio á la traducción y publicación de esta obra en nuestra Revista, accediendo á los ruegos de muchos de nuestros suscriptores que desean conocer esta interesantísima producción literaria de H. P. Blavatsky.—(N. de J. M.)

(2) Del ruso al inglés.

es exactamente verdad; ruego que se le juzgue con indulgencia, como una novela de viajes, y que no se la someta á los rigores de la crítica que amagan siempre á toda obra declarada seria.»

A esta advertencia de la autora, el traductor tiene que añadir otra: estas cartas — como dice Mme. Blavatsky — fueron escritas en ratos de ocio, en 1879 y 1880, para las páginas del *Russki Vyestnik*, editado entonces por M. Katkoff. El manuscrito de Mme. Blavatsky era á menudo incorrecto, muchas veces oscuro. Los compositores rusos, aun cuando hacian todo lo posible para transcribir fielmente los nombres y lugares indios, construían con frecuencia, por razón de su ignorancia de las lenguas orientales, formas que resultan extrañas y á veces no reconocibles. Las pruebas de imprenta nunca fueron corregidas por la autora, que entonces se hallaba en la India, y por consecuencia ha sido imposible restablecer todos los nombres locales y personales en su verdadera forma.

Una dificultad semejante se ha presentado con respecto á citas y á autoridades que se nombran, todas las cuales han pasado por un doble proceso de refracción: primero al ruso y después al inglés. El traductor, también ruso, y que está lejos de conocer el inglés con perfección, no pretende poseer la erudición necesaria para comprobar y restablecer las muchas citas en su exactitud verbal; todo lo que espera es que, gracias á una cuidadosa interpretación, el sentido exacto haya sido conservado.

El traductor solicita la indulgencia de los lectores ingleses por las imperfecciones del estilo y del lenguaje, según las palabras del proverbio sanskrito: «¿Quién puede ser censurado por no alcanzar el éxito después de emplear el esfuerzo debido?»

El traductor da las gracias más expresivas á Mr. John C. Staples por su valiosa cooperación en los primeros capítulos.

Londres, Julio 1892.

EN BOMBAY

A la caída de la tarde del 16 de Febrero de 1879, después de un viaje penoso de treinta y dos días, oyéronse alegres exclamaciones por todas partes sobre cubierta. ¿Habéis visto el faro? ¡Allí está, por fin, el faro de Bombay!

La baraja, la música, los libros, todo fué olvidado. Todo el mundo se precipitó sobre cubierta. La luna no había aún mostrado su faz, y á pesar del cielo tropical estrellado, reinaba una completa oscuridad. Las estrellas brillaban de tal modo, que en un principio parecía casi imposible distinguir, allá á lo lejos, entre ellas, un pequeño punto ígneo encendido por manos terrestres. Las estrellas nos hacían guiños como otros tantos ojos enormes en el oscuro firmamento, en uno de cuyos lados brillaba la Cruz del Sur. Por fin distinguimos el faro en el distante horizonte. No era más que un diminuto punto ígneo, sumergiéndose en las fosforescentes olas. Los fatigados viajeros le saludaron con ardor. La alegría era general.

¡Qué glorioso amanecer siguió á esta oscura noche! El mar ya no hacía balancear nuestra nave. Bajo la hábil dirección del práctico que acababa de llegar y cuya forma bronceada se destacaba vigorosamente en el pálido cielo, nuestro vapor, respirando ruidosamente con su enfrenada máquina, se deslizó sobre las aguas tranquilas y transparentes del Océano Indico en derechura al puerto. Estábamos sólo á cuatro millas de Bombay, y para nosotros, que habíamos tiritado de frío hacía solamente unas pocas semanas en el golfo de Vizcaya, tan glorificado por muchos poetas y tan sinceramente maldecido por todos los marinos, todo lo que nos rodeaba nos parecía un sueño mágico.

Después de las noches tropicales del Mar Rojo y los abrasadores días que nos habían torturado desde Aden, nosotros, gente del distante Norte, experimentábamos ahora algo extraño é insólito, como si el mismo aire suave y fresco nos hubiese hechizado. No había una sola nube en el cielo, densamente tachonado de mortecinas estrellas. Hasta la claridad de la luna, que hasta entonces había extendido sobre el firmamento su plateado manto, se desvanecía gradualmente; y mientras más acentuaba su brillo la rosada aurora sobre la pequeña isla que se extendía delante de nosotros al Oriente, tanto más palidecían al Occidente los desparramados rayos de la luna que salpicaban de brillantes chispas de luz la oscura estela que nuestro barco dejaba detrás de sí, como si la gloria de Occidente se estuviese despidiendo de nosotros, al paso que la luz del Oriente daba la bienvenida á los recién llegados de lejanas tierras. Más y más brillante y azulado se tornaba el cielo, absorbiendo velozmente una tras otra las restantes pálidas estrellas; sentimos algo conmovedor en la dulce dignidad con que la Reina de la Noche resig-

naba sus derechos en el poderoso usurpador. Finalmente, descendiendo más y más, desapareció por completo.

Y de súbito, casi sin intervalo entre la oscuridad y la luz, el ardiente y rojo globo, surgiendo en el lado opuesto como de debajo del cabo, apoyó su dorada barba en las rocas más bajas de la isla, pareciendo detenerse un momento como si nos examinase. Luego, con un esfuerzo potente, la antorcha del día se elevó sobre el mar y prosiguió gloriosamente su carrera, encerrando en un poderoso é igneo abrazo las azules aguas de la bahía, la orilla y las islas con sus rocas y bosques de cocoteros. Sus rayos de oro cayeron sobre una multitud de parsis, sus adoradores fieles, que se hallaban en la orilla levantando sus brazos hacia el poderoso «Ojo de Ormuzd». El espectáculo era tan imponente que todos sobre cubierta permanecimos silenciosos por un momento, y hasta un marinero de roja nariz, que estaba próximo á nosotros, ocupado con el cable, suspendió su tarea, y después de desahogar su garganta, saludó al sol.

Marchando lenta y cuidadosamente por la encantadora pero traicionera bahía, tuvimos tiempo sobrado para admirar el paisaje que se desplegaba á nuestra vista. A la derecha había un grupo de islas y á su cabeza Gharipuri ó Elefanta, con su antiguo templo. *Gharipuri*, traducido, quiere decir «la ciudad de las cuevas», según los orientalistas, y «la ciudad de la purificación», según los sabios sanskritistas indígenas. Este templo, abierto por una mano desconocida en el corazón mismo de una roca que parece de pórfido, es una verdadera manzana de discordia para los arqueólogos, entre quienes no hay ninguno que haya podido hasta ahora fijar, ni siquiera aproximadamente, su antigüedad. Elefanta eleva en lo alto su frente rocosa, toda cubierta de cactus seculares, y justamente debajo, al pie de la roca, están excavados el templo principal y los dos laterales. Lo mismo que la serpiente de nuestros cuentos de hadas rusos, parece abrir su fiera y oscura boca para tragar al atrevido mortal que viene á tomar posesión del misterio secreto de Titán. Los dos dientes que le quedan, ennegrecidos por el tiempo, están formados por dos enormes columnas á la entrada, sosteniendo el paladar del monstruo.

¿Cuántas generaciones de indios, cuántas razas se han arrodillado en el polvo ante la Trimûrti, tu triple deidad, ¡oh Elefanta!? ¿Cuántos siglos empleó el débil hombre en ahondar en tu seno de piedra esta ciudad de templos y en esculpir los gigantescos ídolos? ¿Quién puede decirlo? Muchos años han pasado desde que te vi la última vez, antiguo y misterioso templo, y todavía los mismos pensamientos inquietos, las mismas preguntas insistentes de entonces me atormentan ahora, permaneciendo siempre sin respuesta. Dentro de pocos días nos volveremos á ver. De nuevo volveré á mirar tu severa imagen, tus tres inmensas caras de granito, y me sentiré tan desesperanzada como siempre de poder penetrar el misterio de tu ser. Este secreto cayó en buenas manos tres siglos antes del nuestro. No en vano el viejo historiador portugués, D. Diego de Cuta, se alaba de que «la enorme piedra cuadrada,

fija sobre el arco de la pagoda con una inscripción clara, habiendo sido arrrancada y enviada como regalo al rey D. Juan III, desapareció *misteriosamente* en el transcurso del tiempo...» y añade más adelante: «cerca de esta gran pagoda había otra y más allá una tercera, la más maravillosa de todas en hermosura, increible tamaño y riqueza de materiales. Todas estas pagodas y cuevas han sido construidas por los reyes de Kanada (?), el más importante de los cuales fué Bonazur, y nuestros soldados (portugueses) atacaron estas construcciones de Satanás con tal vehemencia, que en pocos años no quedó piedra sobre piedra...» Y, lo peor de todo, no dejaron inscripciones que pudieran proporcionar la clave del enigma. Gracias al fanatismo de los soldados portugueses, la cronología de las cuevas-templos indios, tienen que permanecer por siempre un misterio para el mundo arqueológico, principiando por los brahmanes que dicen que Elefanta tiene trescientos setenta y cuatro mil años, y terminando por Fergusson que trata de probar que fueron excavadas solamente en el siglo XII de nuestro era. Siempre que volvemos los ojos á la historia, encontramos únicamente hipótesis y oscuridad. Y, sin embargo, Charipuri está mencionado en el épico *Mahâbhârata*, que fué escrito antes del reinado de Ciro. En otra antigua leyenda se dice que el templo de Trimûrti fué construido en Elefanta por los hijos de Pandu que tomaron parte en la guerra entre las dinastías del Sol y de la Luna, y perteneciendo á la última, fueron expulsados al final de la guerra. Los Rajputs, que son los descendientes de los primeros, cantan todavía esta victoria, pero ni aun en sus cantos populares se encuentra nada de positivo. Han pasado y pasarán siglos y el antiguo secreto morirá, siempre desconocido, en el seno rocoso de la Cueva.

Al lado izquierdo de la bahía, exactamente opuesto á Elefanta, y como en contraste con toda su antigüedad y grandeza, se levanta el Cerro Malabar, residencia de los europeos modernos é indígenas ricos. Sus bungalows, pintados de colores brillantes, se bañan en el verdor del banyan, de la higuera india y de varios otros árboles, y los troncos elevados y derechos de los cocoteros cubren con sus hojas toda la cumbre del montañoso cabo. Allí, en el extremo sudeste, se ve la casa del gobernador, casi transparente, á modo de un encaje, rodeada por tres lados por el Océano. Esta es la parte más fresca y confortable de Bombay, bañada por tres distintas brisas del mar.

La isla de Bombay, designada por los naturales como «Mambai», recibió su nombre de la diosa Mamba en Mahrati, Mahima ó Amba, Mama y Amma, según el dialecto, palabra que significa literalmente la Gran Madre. Hace apenas cien años, en el sitio de la explanada moderna había un templo consagrado á Mamba-Deví. Con grandes dificultades y gastos lo llevaron más cerca de la orilla, próximo al fuerte, y lo erigieron en frente de Baleshwara, el «Señor de los Inocentes», uno de los nombres del Dios Shiva. Bombay forma parte de un grupo considerable de islas, de las cuales las más notables son Salsetta, unida á Bombay por su muelle, Elefanta, llamada así por los portugueses á causa de una enorme roca cortada en forma de elefante de

treinta y cinco pies de largo, y Trombay, cuya hermosa roca se eleva novecientos pies sobre el nivel del mar. Bombay parece en el mapa un enorme cangrejo de río, y está á la cabeza de las demás islas. Extendiendo á lo lejos en el mar sus dos garras, la isla de Bombay está como un guardián vigilante velando por sus hermanos menores. Entre ella y el Continente hay un brazo estrecho de un río, que se ensancha gradualmente volviendo luego á estrecharse, dentando profundamente ambas orillas, y formando así un cielo que no tiene igual en el mundo. No sin razón los portugueses, expulsados con el tiempo por los ingleses, la llamaban «Buona Bahía».

En un arranque de entusiasmo turista algunos viajeros la han comparado á la Bahía de Nápoles; pero lo que hay de verdad es que la una se parece tanto á la otra como un lazzaroni á un kuli. Todo el parecido entre ellas es que en ambas hay agua. En Bombay, lo mismo que en su puerto, todo es original y en nada hace recordar la Europa meridional. Mirad esos barcos costeros y botes indígenas, unos y otros están construídos á semejanza del ave marina «sat», una especie de alción. Cuando están en movimiento estos botes son la personificación de la gracia con sus largas proas y redondas popas. Parecen como si se deslizasen hacia atrás, y se podría tomar por alas las largas velas latinas de extraña forma, cuyos estrechos ángulos están sujetos á una vara de altura. Hinchadas estas dos alas por el viento, y carenando hasta casi tocar la superficie del agua, estos botes se deslizan con sorprendente velocidad. Al contrario de nuestros botes europeos, no cortan las olas, sino que resbalan por encima de ellas como una gaviota.

Los alrededores de la bahía nos transportaron á una especie de tierra de hadas de las *Mil y Una Noches.* El lomo de los Ghats occidentales, cortados aquí y allí por algunos cerros separados, casi tan altos como ellos, se extendía á todo lo largo de la orilla oriental. Desde la base hasta su fantástica cima de roca, hállase por completo cubierto de bosques y selvas impenetrables, habitados por animales salvajes. Cada roca ha sido enriquecida por la imaginación popular con una leyenda independiente. En todo el declive de la montaña están esparcidas las pagodas, las mezquitas y templos de innumerables sectas. Aquí y acullá los ardientes rayos del sol caen sobre alguna vieja fortaleza, en un tiempo formidable é inaccesible, y ahora arruinada y cubierta de espinosos cactus. A cada paso recuerdos de santidad: aquí un profundo *vihâra*, una cueva-celda de un santo bhikshu buddhista; allí una roca protegida por el símbolo de Shiva; más allá un templo jaina ó un estanque santo, todo cubierto de lirios y lleno de agua, bendito una vez por un brahman y capaz de purificar de todo pecado, atributo indispensable á toda pagoda. Todos los alrededores están cubiertos con símbolos de dioses y diosas. Cada uno de los trescientos treinta millones de deidades del Panteón Hindo tiene su representación en algo que le está consagrado: una piedra, una flor, un árbol, un pájaro. En el lado occidental del Cerro Malabar, asómase por entre los árboles Valakeshvara, el templo del «Señor de Arena». Una larga corriente de indios se mueve hacia este célebre templo; hombres

y mujeres resplandecientes de anillos en los dedos de las manos y pies, con brazaletes desde las muñecas hasta los hombros, adornados con vistosos turbantes y níveas muselinas, con las frentes acabadas de pintar de rojo, amarillo y blanco, señales santas de secta.

La leyenda dice que Râma pasó allí una noche en su camino desde Ayodhya (Oudh) á Lanka (Ceilán) para buscar á su esposa Sitâ que había sido robada por el perverso rey Ravâna. El hermano de Râma, Sakshman, cuyo deber era enviarle diariamente un nuevo lingam desde Benares, se retardó en hacerlo una tarde. Perdiendo la paciencia, Râma se erigió un lingam de arena. Cuando por fin llegó el símbolo de Benares fué puesto en el templo, y el lingam erigido por Râma fué dejado en la orilla. Allí permaneció durante largos siglos, pero á la llegada de los portugueses, el «Señor de Arena» se sintió tan disgustado con los feringhi (extranjeros) que se lanzó al mar para nunca más volver. Un poco más lejos hay un estanque llamado Vanattistha ó la «punta de la flecha». Allí Râma, el muy adorado héroe de los hindus, tuvo sed, y no encontrando agua alguna, disparó una flecha é inmediatamente fué creado un estanque. Sus aguas cristalinas estaban rodeadas por un alto muro; se construyeron escalones que conducían hasta ella, y un círculo de moradas de mármol blanco se llenó de brahmanes dwija (dos veces nacidos).

La India es la tierra de las leyendas y de los rincones misteriosos. No hay una ruina, ni un monumento, ni una espesura que no tenga su correspondiente historia. Sin embargo, por más enredadas que se hallen en la telaraña de la imaginación popular, que á cada generación se hace más densa, es difícil señalar una sola que no esté fundada en hechos. Con paciencia, y más aún, con el auxilio de los brahmanes instruidos, se puede llegar siempre á la verdad, una vez que uno se ha captado su confianza y amistad.

El mismo camino conduce al templo de los parsis adoradores del fuego. En su altar arde un fuego inextinguible que consume diariamente quintales de madera de sándalo y hierbas aromáticas. Encendido hace trescientos años, el sagrado fuego no se ha extinguido desde entonces, á pesar de muchos desórdenes, discordias sectarias y hasta guerras. Los parsis están muy orgullosos de este templo de Zaratushta, como ellos llaman á Zoroastro. Comparados con él las pagodas hindas parecen huevos de pascua brillantemente pintados. Generalmente están consagrados á Hanuman, el mono-dios y aliado fiel de Râma, ó al elefante titulado Ganesha, el dios de la sabiduría oculta, ó á uno de los Devis. Estos templos se encuentran en cada calle. Delante de cada uno de ellos hay una hilera de pipales (ficus religiosa) de siglos de edad, que ningún templo puede dejar de tener, porque estos árboles son la mansión de los elementales y de las almas pecadoras.

Todo esto está enredado, mezclado y esparcido, apareciendo á los ojos como el cuadro de un sueño. Treinta siglos han dejado aquí sus vestigios. La pereza innata y las tendencias acentuadamente conservadoras de los hindus, aun antes de la invasión de los europeos, han preservado toda clase de mo-

numentos de la venganza ruinosa de los fanáticos, donde tales recuerdos eran buddhistas ó pertenecían á alguna otra secta impopular. Los hindus no son por naturaleza dados á un vandalismo sin sentido, y el frenólogo buscaría en vano la prominencia de la destructividad en sus cabezas. Si encontráis antigüedades que al ser respetadas por el tiempo, están, sin embargo, destruidas ó desfiguradas, no es de ellos la culpa, sino de los musulmanes, ó de los portugueses bajo la dirección de los jesuitas.

Por fin anclamos, y en un momento fuimos sitiados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindus semejantes á esqueletos, parsis, mogoles y varias otras tribus. Toda esta muchedumbre surgió como del fondo del mar, y principió á gritar, á charlar y á aullar, como sólo pueden hacerlo las tribus de Asia. Para librarnos de esta confusión de lenguas de Babel lo antes posible, nos refugiamos en el bote más cercano y marchamos á tierra.

Una vez instalados en el bungalow que nos esperaba, la primera cosa que me chocó en Bombay fué los millones de cuervos y buitres. Los primeros son, por decirlo así, el Consejo Municipal de la ciudad, cuyo deber es limpiar las calles; y matar uno de ellos, no sólo está prohibido por la policía, sino que sería muy peligroso. Por matar uno se despertaría la venganza de cada hindu, que está pronto á ofrecer su propia vida en cambio de la de un cuervo. Las almas de los antepasados pecadores transmigran á cuervos, y el matar uno es intervenir en la ley de Karma y exponer al pobre antecesor á algo aún peor. Tal es la firme creencia, no sólo de los hindus sino de los parsis, hasta de los más instruídos de entre ellos. La conducta extraña de los cuervos indios explica, hasta cierto punto, esa superstición. Los buitres son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis, y están bajo la protección personal del Farvandania, el ángel de la muerte, que se cierne sobre la Torre del Silencio, vigilando las ocupaciones de los plumados obreros.

El graznido ensordecedor de los cuervos choca á todo recién venido por lo raro, pero al cabo de un rato se lo explica muy sencillamente. Cada árbol de los numerosos bosques de cocoteros alrededor de Bombay, está provisto de un pumpkin hueco, la corteza de una fruta. La savia del árbol gotea en él, y después de fermentar, se convierte en el brebaje más embriagador, conocido en Bombay con el nombre de toddy. Los desnudos toddy wallahs, generalmente portugueses mestizos, modestamente adornados con solo un collar de corales, cogen este brebaje dos veces al día, trepando como ardillas por troncos de 150 pies de altura. Los cuervos, en su mayor parte, construyen sus nidos en lo más alto de los cocoteros y beben incesantemente en los abiertos pumpkins. El resultado de esto es la borrachera crónica de estos pájaros.

Así que salimos al jardín de nuestra nueva habitación, multitud de cuervos descendieron pesadamente de los árboles. El ruido que hacían al saltar por todas partes, era indescriptible. Parecía que había algo positiva mente humano en las posturas astutas de las inclinadas cabezas de aquellas aves

borrachas, y una diábolica luz brillaba en sus ojos mientras nos examinaban de pies á cabeza.

* * *

Ocupábamos tres pequeños bungalows, perdidos como nidos en el jardín; sus techos literalmente enterrados en rosas que florecían en arbustos de veinte pies de alto y sus ventanas cubiertas solo con muselina blanca en lugar de los comunes cristales. Los bungalows estaban situados en la parte indígena de la ciudad, de suerte que habíamos sido transportados desde el primer momento á la verdadera India. Vivíamos en la India, al contrario de los ingleses, que sólo están rodeados por la India á cierta distancia. Podíamos estudiar su carácter y costumbres, su religión, supersticiones y ritos, aprender sus leyendas, y, en una palabra, vivir entre indios.

Todo en la India, en esta tierra del elefante y de la venenosa cobra, del tigre y del fracasado misionero inglés, es original y extraño. Todo parece extraordinario, inesperado y sorprendente, hasta para el que ha viajado por Turquía, Egipto, Damasco y Palestina. En estas regiones tropicales las condiciones de la naturaleza son tan diversas, que todas las formas de los reinos vegetal y animal deben diferir radicalmente de aquello á que estamos acostumbrados en Europa. Mirad, por ejemplo, esas mujeres en su camino hacia un pozo al través de un jardín, que es particular y al mismo tiempo franco para todos, porque las vacas de alguien pacen en él. ¿A quién no sucede encontrarse con mujeres, ver vacas y admirar un jardín? Sin duda alguna esto es de lo más común. Pero una sola mirada atenta bastará para demostrar la diferencia que existe entre los objetos de Europa y los de la India. En ninguna parte como en la India siente un ser humano su debilidad é insignificancia. La majestad del desarrollo tropical es tal, que nuestros árboles más altos parecerían enanos comparados con los banyans y especialmente con las palmas. Una vaca europea, tomando á primera vista á su hermana india por una ternera, negaría la existencia de todo parentesco entre ellas, porque ni el pelo, color de ratón, ni los cuernos rectos y parecidos á los del macho cabrío, ni su encorvamiento hacia atrás, le permitirían cometer semejante error. En cuanto á las mujeres, cualquiera de ellas hubiera entusiasmado á un artista por la gracia de sus movimientos y por su ropaje; pero, sin embargo, ninguna blanca y rosada corpulenta Ana Ivanowena condescendería en saludarla. «¡Qué vergüenza, Dios mío, la mujer está completamente desnuda!»

Esta opinión de la mujer rusa moderna no es sino el eco de lo que dijo en 1470 un distinguido viajero ruso, «el pecador esclavo de Dios, Athanasio, hijo del Nikita de Tver», según él mismo se denomina. He aquí cómo describe la India: «Esta es la tierra de la India. Sus habitantes están desnudos, no se cubren nunca la cabeza y llevan el pelo trenzado. Las mujeres tienen niños todos los años. Los hombres y mujeres son negros. Su príncipe lleva un velo alrededor de la cabeza y con otro velo se envuelve las piernas.

Los nobles llevan un velo en un hombro y las nobles en los hombros y en torno de los riñones, pero todos van con los pies desnudos. Las mujeres andan con el pelo suelto y desnudo el pecho. Los niños, muchachas y muchachos, nunca se cubren su vergüenza hasta que tienen siete años... » Esta descripción es exacta; pero el hijo de Nikita tiene razón sólo en lo que se refiere á las clases más pobres é inferiores. Estas realmente «andan» cubiertas solamente con un velo, que muchas veces es tan pobre, que en realidad no es más que un andrajo. Pero, no obstante, hasta la mujer más pobre se viste de un trozo de muselina, por lo menos, de diez varas de largo. Un extremo sirve como una especie de enaguas cortas y el otro cubre la cabeza y los hombros cuando están en la calle, bien que llevan siempre la cara descubierta. El pelo se lo arreglan en una especie de chignón griego. Las piernas hasta las rodillas, los brazos y el talle nunca están cubiertos. No hay ni una sola mujer decente que consintiera ponerse un par de zapatos. Los zapatos son el atributo y prerrogativa de las mujeres desacreditadas. Cuando hace algún tiempo la esposa de un gobernador de Madrás imaginó decretar una ley obligando á las mujeres del país á cubrirse el pecho, hubo gran peligro de una revolución. Solo las muchachas bailarinas usan una especie de chaquetilla. El gobierno reconoció que no sería razonable irritar á las mujeres, que muchas veces son más peligrosas que sus maridos y hermanos, y la costumbre, basada en una ley de Manu, y santificada por una observancia de tres mil años, permaneció inmutable.

Durante más de dos años, antes que dejáramos la América, estuvimos en constante correspondencia con cierto sabio brahman, cuya gloria es muy grande actualmente (1879) en toda la India. Vinimos á la India á estudiar, bajo su dirección, el antiguo país de los arias, los *Vedas* y su difícil lenguaje. Su nombre es Dayanand Saraswati Swami. Swami es el nombre de los sabios anacoretas iniciados en muchos misterios impenetrables para el común de los mortales. Son monjes que jamás se casan, sino que son muy diferentes de otras fraternidades mendicantes, las llamadas Sannyâri y Hossein. Este pandit es considerado el más grande de los sanskritistas de la India, y es un completo enigma para todo el mundo. Sólo hace cinco años que apareció en la arena de las grandes reformas, pero hasta entonces había vivido completamente aislado en una selva, como los antiguos gimnosofistas mencionados por los autores griegos y latinos. En este tiempo estaba estudiando los principales sistemas filosóficos del «Aryavârtta», y el significado oculto de los *Vedas* con la ayuda de místicos y anacoretas. Todos los hindus creen que en las Montañas Bhadrinath (22.000 pies sobre el nivel del mar) existen cuevas espaciosas, habitadas desde hace ya muchos miles de años por estos anacoretas. Bhadrinath está situado al Norte del Indostán, en el río Bishegunj, y es célebre por su templo de Vishnu, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales minerales calientes, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van á purificarse en ellos.

Desde el primer día de su aparición, Dayanand Saraswati produjo una impresión inmensa y adquirió el sobrenombre de «el Lutero de la India». Vagando de una á otra ciudad, hoy en el Norte, mañana en el Sur, y transportándose desde un extremo á otro del país con rapidez increíble, él ha visitado toda la India, desde el Cabo Comorin á los Himalayas, y desde Calcuta á Bombay. Predica la Deidad Una, y «*Vedas* en mano» prueba que en las antiguas escrituras no hay una sola palabra que pueda justificar el politeismo. Lanzando rayos y truenos contra la idolatría, el gran orador lucha con todo su poder contra las castas, el casamiento de los niños y las supersticiones. Castigando todos los males incrustados en la India por siglos de casuística y falsa interpretación de los *Vedas*, culpa de todo ello á los brahmanes, que, como él abiertamente dice ante masas de gente, son los únicos culpables de la humillación de su país, en un tiempo grande é independiente, y ahora caído y esclavizado. Y, sin embargo, la Gran Bretaña tiene en él no un enemigo, sino más bien un aliado. El dice abiertamente: «Si expulsáis á los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo el que se levante contra el culto de los ídolos, seremos degollados como simples carneros. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras, pero éstos son más fuertes que nosotros.»

El pandit ha sostenido muchas animadas disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, y casi siempre ha salido victorioso. En Benares reclutaron asesinos secretos para matarle, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala, donde trató al fetichismo con severidad extraordinaria, un fanático arrojó sobre sus desnudos pies una enorme cobra. Hay dos serpientes deificadas por la mitología brahmánica: la que rodea el cuello de los ídolos de Shiva, es llamada Vasuki; la otra, Amanta, forma el lecho de Vishnu. Así, el adorador de Shiva, completamente seguro de que su cobra, ejercitada á propósito para los misterios de una pagoda Shivaita, daría prontamente fin de la vida del culpable, exclamó triunfalmente: «¡Que el mismo dios Vasuki demuestre quién de nosotros tiene razón!»

Dayanand sacudió de sí la cobra que se enroscaba en su pierna, y con un solo movimiento vigoroso aplastó la cabeza del reptil.

«Que lo haga» —dijo tranquilamente. —«Vuestro dios ha sido demasiado lento. Yo soy quien ha decidido la disputa. Ahora marcháos — añadió dirigiéndose á la multitud —, y decid á todos cuán fácilmente perecen los falsos dioses».

Gracias á su gran conocimiento del sanskrito, el pandit hace un servicio muy grande no sólo á las masas, aclarando su ignorancia acerca del monoteismo de los *Vedas*, sino también á la ciencia, demostrando con exactitud quiénes son los brahmanes, la única casta de la India que durante siglos ha tenido el derecho de estudiar la literatura sanskrita y comentar los *Vedas*, y que ha usado este derecho tan sólo para su propio engrandecimiento.

Mucho antes del tiempo de los orientalistas tales como Burnouf, Colebrooke y Max Müller, ha habido en la India muchos reformadores que han

tratado de probar el monoteismo puro de las doctrinas védicas. Ha habido fundadores de nuevas religiones que han negado las revelaciones de estas escrituras, por ejemplo, el Raja Ram Mohum Roy, y, después de él, Babu Keshub Chunder Sen, ambos bengaleses de Calcuta. Pero ninguno de ellos tuvo gran éxito. No hicieron nada más que añadir nuevas denominaciones á las innumerables sectas que existen en la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber hecho casi nada, y Keshub Chunder Sen, después de fundar la comunidad de «Brahmo Samaj», la cual profesa una religión extraída de las profundidades de la propia imaginación de Babu, se hizo un místico del tipo más pronunciado, y actualmente es tan solo «una cereza del mismo huerto» como decimos en Rusia, lo mismo que los espiritistas, por quienes está considerado como un medium y como el Swedenborg de Calcuta. Pasa su tiempo en un estanque sucio, entonando alabanzas á Chaitanya, Koran, Buddha y á su propia persona, proclamándose él profeta de aquéllos; ejecuta una danza mística vestido de mujer, lo cual, de su parte, es una atención á la «mujer diosa», nombre que Babu aplica á «su madre, padre y hermano mayor.»

En una palabra, todo cuanto se ha hecho para volver á establecer el monoteismo primitivo puro de la India Aria ha sido un fracaso. Siempre ha naufragado sobre la doble roca del Brahmanismo y de antiguos, prejuicios de muchos siglos de existencia. Pero, he aquí que aparece inesperadamente el pandit Dayanand. Nadie, ni aun el más querido de sus discípulos, sabe quién es ni de donde viene. Él confiesa abiertamente ante las multitudes, que el nombre bajo el cual es conocido no es el suyo, sino que le fué dado en la iniciación Yogui.

(Se continuará.)



BIBLIOGRAFÍA

Democracia y Clericalismo. *Estudios de Política aplicada*, por D. EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO.

Más significativo que todo cuanto pudiéramos decir nosotros acerca de la obra del Sr. González-Blanco (colaborador de nuestra Revista y autor del eruditísimo trabajo «Los grandes teósofos españoles)» son las siguientes frases que con motivo de dicha obra publicó en *El País* el popular escritor y erudito crítico filosófico Sr. Ferrándiz:

«González-Blanco no es clérigo, ni quiere serlo; no es fanático, no es tampoco solamente teólogo, es pensador como Renán, como Lamennais, como Pi, como los modernos investigadores de la *ciencia religiosa;* creyente, pero no sectario, sino libre, amplio, levantado y generoso con el ardor de la juventud y la serenidad de la madurez.

Su folleto es la defensa más deliciosa y á la vez convincente de la libertad de cultos y de conciencia que puede hacer un pensador erudito. Hay allí más ideas que suelen hallarse en gruesos tomos; hay citas que no se ven donde quiera y vienen como hechas para el lugar en que figuran; resplandece una madurez de juicio, una rectitud de concepto, una altura tan grande, que encanta, sorprende, cautiva y deja satisfecho el ánimo convencido »



12 de Outubro, Conferencia por DARIO VELLOZO. Coritiba. (Brasil, 1901.)

Entusiasta, como todas las demás producciones del literato brasileño, es la conferencia dada con motivo de esta fecha — tan grande para la historia de América — en el Gimnasio Paranaense.

Es una admirable ojeada sobre la Historia antigua de América, llena de datos que hacen honor á la erudición del autor y á sus ideas sobre las civilizaciones americanas arcaicas.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.